

Péndola

SEGUNDA ÉPOCA No.6 INVIERNO 2008-09 \$20.00

EL QUE ES TACHO DONDE QUIERA CANTA/ **ARMANDO RENÉ DOMÍNGUEZ**

¿QUÉ HAY CON LA CRÓNICA?/ **MARICARMEN RIVERA**

SALOMÉ. CRÓNICA DEL DESEO/ **JAVIER ROBLES**

CRÓNICAS URBANAS/ **LEONEL ROBLES**

PORQUE ES VIERNES/ **IVONNE GONZÁLEZ NILA**

CRÓNICA DE UN VIAJE EN EL METRO/ **ENEIDA MARTÍNEZ**

LA CRÓNICA DE UN FIN DE SEMANA/ **HÉCTOR M. GARAY AGUILERA**

TRES POEMAS/ **EDUARDO PONCE**

PARA ESCRIBIR CON LOS CINCO SENTIDOS/ **ADRIANA BOERSNER**

EL ESCRITOR/ **JAVIER NARVÁEZ ESTRADA**

EL PODER INMATERIAL DE LA LITERATURA/ **CARLOS ESCAMILLA**

NOTICIAS DE LA CRÓNICA/ **IGNACIO TREJO FUENTES**



DIRECTORIO FEZ-ZARAGOZA

CONTENIDO

C.D. ALFREDO SÁNCHEZ FIGUEROA
DIRECTOR

C.D. PATRICIA MENESES HUERTA
Secretaría General

LIC. RAYMUNDO D. GARCÍA BARRÓN
Secretario Administrativo

C.D. LAURA ELENA PÉREZ FLORES
Jefa de la División de Ciencias del Comportamiento

MTRO. ROBERTO CRUZ GONZÁLEZ MELÉNDEZ
Jefe del Área de Ciencias Químico Biológicas

LIC. MARGARITA VILLASEÑOR PONCE
Coordinadora de Formación Integral

ARQ. IGNACIO ZAPATA ARENAS
Jefe del Departamento de Actividades Culturales



Ignacio Zapata Arenas
Coordinador General

Leonel Robles Robles
Edición

Daniel Partida López
Diseño Gráfico

Susana Campos
Secretaria de redacción

Consejo Editorial
Eduardo Nasta Luna
Ángel Rueda Díaz
Héctor M. Garay Aguilera
Aura María Vidales
Maricarmen Inés Rivera
Javier Narváez
Izrael Trujillo

Los artículos publicados en *Péndola* son responsabilidad de sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Colaboraciones e informes
Tel. 56 23 05 21
Culturalesfes-z@puma2zaragoza.unam

EDITORIAL/2
NOTICIAS DE LA CRÓNICA/Ignacio Trejo Fuentes/3
¿QUÉ HAY CON LA CRÓNICA?/Maricarmen Rivera/7
EL PERIODISMO CULTURAL, ENTRE LA CREACIÓN Y LA CRÍTICA/Alejandro González/10
VIERNES UNIVERSITARIO/Leticia Domínguez Villanueva/14
SAN FERNANDO, NI OASIS NI ALUCINACIÓN/Juan Norberto Lerma/ 15
TRES POEMAS/Eduardo Ponce/18
LA CRÓNICA DE UN FIN DE SEMANA/Héctor Manuel Garay Aguilera/20
CRÓNICA DE UN VIAJE EN EL METRO/Eneida Martínez/23
BICENTENARIO DEL NACIMIENTO DE EDGAR ALLAN POE/ Isabel de la Rosa Ortiz/27
ESENCIA/Sandra Escutia/28
EI QUE ES TACHO DONDE QUIERA CANTA/Armando René Domínguez/29
CRÓNICAS URBANAS/Leonel Robles/33
EL ESCRITOR/Javier Narváez Estrada/35
PORQUE ES VIERNES//Ivonne González Nila/37
SALOMÉ. CRÓNICA DEL DESEO/Javier Robles/39
UNA MIRADA A LA HISTORIA DE REGINA COELI/Elsa Laura Ogaz Sánchez/41
EL PAYASO CALLEJERO: IMAGEN Y FUNCIÓN ESTÉTICA EN EL ARTE CONTEMPORÁNEO/Ana Luisa Vélez Monroy/47
LA INVENCIÓN DE LO COTIDIANO. UN TEXTO VIVO O INERTE/Norma Martínez Robledo/52
PARA ESCRIBIR CON LOS CINCO SENTIDOS/Juliana Boersner/53
EL PODER INMATERIAL DE LA LITERATURA/Carlos Escamilla/54
ENTREGA INMEDIATA/59
DESDE EL MICROSCOPIO/Daniel Partida/60

IMAGEN PORTADA: ONDAS DE LUZ No.1. CARLOS GARCÍA ESTRADA. 1981
FOTO PORTADA: IMAGEN DE SAN FRANCISCO. GABRIELE BASILISCO (Milán, 1944)

Agradecemos el apoyo del Departamento de Redes y Telecomunicaciones por hacer posible la presencia de *Péndola* en la red.

EDITORIAL

En estos tiempos en que el tiempo parece reducir cada vez más nuestras expectativas de vida, en estos tiempos en que la zozobra impone su dominio sobre la certeza, cuando el abismo se acerca a pasos agigantados; en estos tiempos en que nuestra preocupación inmediata radica en sobrevivir a crisis largamente gruñida, ahora que las amenazas apocalípticas nos impiden tener una meta concreta, “cercana y nada metafísica sino visible”, ahora que para nadie es fácil ni simple confiar y esperar porque nadie escapa a la culpa, ahora que el sustento toma la forma real de lo urgente; reunirnos para celebrar la aparición de una permanencia de una revista y presentar su más reciente número puede resultar una cursilería o, bien, algo urgente para replantearnos nuestra condición como seres humanos. Sin embargo, nosotros, como cómplices directos de este acto, debemos apostar por la permanencia del hombre como tal, es decir como un ser que entre sus necesidades contiguas se encuentra, entre otras, llenar vacíos, huecos formados por la desatención, es decir hacerlo más humano. Lo que somos en la actualidad está compuesto sin duda de encuentros, de accidentes de todo tipo, de nuestras miserias y nuestros éxitos, pero también, en un grado inapreciable, en un grado inmenso, de los libros que hemos leído, de los libros que se han convertido en nuestra propia sustancia.

La historia, además, nos arroja testimonios en los que se da fe de que en momentos críticos el aspecto creativo y de reflexión se vuelve más rico en cuanto a productividad y calidad. Existe la necesidad del hombre por dar fe de la visión de su mundo, fuera de contaminaciones, fuera de compromisos e intereses que no sean con el diálogo mismo. Esta es en primera instancia a lo que le apuesta un espacio donde convergen manifestaciones escritas de todo tipo: la diversidad como una forma de unidad, pero anteponiendo la honestidad más allá de los encargos personales si no son para ir al encuentro del diálogo, del intercambio de conocimientos. Ante todo inclinación de fidelidad a sí mismo y al diálogo esperado con el lector. Uno y otro, el ritmo personal y el gusto de comunicación, se sitúan “fuera de la historia, más allá de lo psicológico y, de cierta manera, en oposición a lo social”. Lo que quiere ser transmitido, y lo que genera el acto inventor, se encuentra en el orden de las ideas, los sumarios, los propósitos o la voluntad colectiva: el deseo de comunicar no sería tan vivo si no tuviera que ver con lo que nos es común. Y al mismo tiempo, aquello que no puede bosquejarse de primera intención y escapa a la comprensión de la sociedad hasta el momento preciso en que, convertido en forma y por eso asimilable a los demás, ese secreto de uno solo puede convertirse en suscitación y fermento para muchos y para todos.

Así, la revista **Péndola** es sólo el principio del abrazo natural entre el trabajo que realizan tanto los que están involucrados con la Universidad como los escritores, por llamarlos de alguna forma “profesionales” y el compromiso de las autoridades involucradas en que esta revista vea la luz del día. Esto significa, pues, que se ha tocado puerto, pero sólo momentáneamente, porque lo inmediato es que este espacio continúe abierto para las voces que necesitan ser escuchadas.

NOTICIAS DE LA CRÓNICA

Ignacio Trejo Fuentes

Como género periodístico, la crónica es el espacio privilegiado: reúne los elementos de todos los demás géneros: es noticia, es investigación, y es ante todo, literatura. Para sintetizar lo que los teóricos se quiebran la cabeza tratando de hacer, diré que la crónica es la frontera exacta entre la información y arte narrativo.

Puede parecer —o sonar— peligroso, pero la crónica es exactamente eso, el justo medio entre lo veraz y lo posible. De su naturaleza dual adquiere aquel privilegio señalado al principio.

La llegada de los primeros hombres a la luna, por ejemplo fue algo verdaderamente noticioso: la televisión se encargó de mostrarnos que era posible dar al traste con las ideas románticas de los poetas, con los cuentos de hadas, con cualquier fantasía: Amstrong y compañía posando sus pies en el satélite no podían ser rebatidos: ahí estaban, parándose en la luna. Pero qué distinto fue saber las impresiones de los propios astronautas: ¿Qué sintieron al hacer lo que nunca, nadie había hecho?, ¿a qué huele la luna? ¿Cómo se mira la tierra desde allá?

Saber que los hombres pusieron los pies por primera vez en la luna es —fue— sin duda, una gran, enorme noticia. Pero a mi entender es tan o más importante saber lo que sintieron los exploradores. La noticia la dieron los periodistas, mas la crónica, el recuento debieron hacerlo los protagonistas desde su alma misma, desde su misma piel. Es posible que ustedes no hayan leído la crónica del hecho narrada por Amstrong y compañía, no la oficial que debieron rendir antes a la NASA sino la otra, la personal, la íntima, la misteriosa. No se preocupen: yo tampoco la conozco; ¿pero no hubiera sido sensacional haberla escrito, para poder leerla? Es seguro que aquellos astronautas contaron todo lo que sus hijos y mujeres y familiares y amigos querían saber al respecto ¿y nosotros? ¿Por qué nos dejaron, por qué nos han dejado fuera? Llego aquí a una de las elementales caracterizaciones de la crónica, aparte de su fundamental sentido de verdad, es indispensable que se haga pública, si no, no sirve de nada.

En la historia de la humanidad ha habido infinidad de pérdidas de la virginidad de hombres y de mujeres, pero si alguien nos da detalles de lo que ocurrió en ese sentido, deja de ser algo común y se convierte en algo que a todos nos atañe, que a todos nos intriga, que a todos nos interesa conocer. Para eso es la crónica, para dar testimonio que, así sea tan común, puede convertirse en materia de atracción colectiva.



La mayoría de los teóricos en la materia indican que la crónica, como género periodístico, debe atenerse a lo que sus raíces latinas ordenan: el registro cronológico, es decir, parte por parte, de principio a fin. Y pude que tengan razón pero según yo es posible, y es válido, y a veces hasta necesario, transgredir esa regla. Para seguir con el ejemplo de viajeros: si digo al principio, "descubrí América", estoy empezando por el final de algo, aunque viéndolo bien falta la sustancia, y al retrotraerme al principio de los acontecimientos no estoy falseando nada tan solo quiero provocar a mi auditorio, sembrarlo de inquietud.

Mencioné, como al desgaire, como no queriendo, algo fundamental de la crónica como género periodístico: debe ser una provocación, un involucramiento del lector, porque recuérdese que la crónica parte de algo ya sabido y que, por lo tanto, no podría tener valor noticioso. Si digo por ejemplo, que al asistir a la inauguración de un muestra pictórica, mientras se servía el coctel, vi que una indígena vendedora de chicles contemplaba extasiada algunos de los cuadros, a mi jefe de información le importaría un comino, como consecuencia de que a los lectores habría de importarles, también un carajo, pero si lo cuento con los recursos del género que nos ocupa ahora, es decir, si le pongo un chisguete de gracia, la pimienta que siempre ofrece la literatura, la narrativa, el hecho en apariencia nimio adquirirá otro nivel, nuevas dimensiones. Cabe aquí recordar el viejo truco que nos enseña a quienes estudiamos periodismo.: “si un perro muerde aun señor, no es noticia, pero si el señor muerde al perro...”

Mi experiencia como hacedor de crónicas me ha dejado claro algunas cosas: por tratar de ser tan verosímil puede caerse en lo contrario. Hace algún tiempo en Tlaxcala, en uno de esos memorables encuentros que organiza la universidad de ese estado, una chica, de cuyo nombre no quiero acordarme, expuso su ponencia, que mi libro **Crónicas romanas** podía ser todo, menos crónicas. Y es que le parecía descabellado lo que cuento, le resulta increíble que esas cosas pudieran suceder. En un principio me contenté con el hecho de que mis crónicas le parecieran fantasías, sólo cuentos, pero al meditarlo comprendí que había fallado en el propósito elemental del género: la verosimilitud. Esa chica no me creyó lo que yo contaba, siendo, como fue, que se trataba de hechos reales, susceptibles de comprobación. Luego, ¿o falló su claridad lectora o no funcionó mi estrategia discursiva? Apuesto por lo último. E insisto, la crónica se basa en hechos reales, que pueden comprobarse; de lo contrario, se cae en la ficción, en la literatura, mas no en la especie periodística de la que hablamos. Así que uno de sus puntos neurálgicos es el poder de la convicción: si no, habría que ocuparse de otras cosas, de otros géneros.

¿Como se hace una crónica?

De la misma manera como se hace cualquier otra especie periodística, e incluso como se hace la literatura de ficción: se aprende una técnica, lo mismo ocurre si uno quiere ser cocinero, u orfebre, o enfermero; luego, se le agrega un poco de talento, de imaginación y el plato está servido.

Parece fácil, y lo es. Hay que tener en cuenta que uno no escribe para sí mismo, sino que se dirige a otros: al público, y entonces debe tratarse de buscar la complicidad del lector, pues sin ésta nada funciona. Y si quien lo está leyendo cree lo que dijo, me sentiré de lo más satisfecho; si no, debería pensar en el suicidio: como si al comensal no le gustara lo que, con tanto fervor preparó el cocinero.

Queriéndolo, he señalado otra faceta de la crónica, del periodismo, de la literatura: el fervor, la absoluta entrega.

Reza una formula que lo primero que se debe tener en cuenta, al escribir, es el convencimiento de que se está diciendo algo, por lo menos, interesante: y es que si a mí no me interesa lo que digo, cómo demonios puedo esperar que resulte atractivo para alguien más.

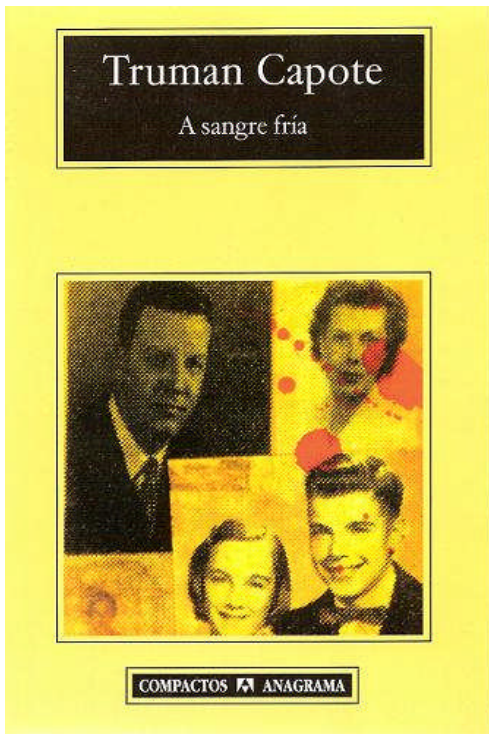
Aquí juega un papel trascendental la entrada, el íncipit, el comienzo. ¿Recuerdan cómo comienza **Pedro Páramo**? : “Vine a Comala porque me dijeron que ahí vive mi padre, un tal Pedro Páramo”. ¿O **Cien años de soledad**?: “Años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía habría de recordar la tarde aciaga en que su padre lo llevó a conocer el hielo”. ¿O **Beltenebros**, del que me parece el mejor novelista español actual, Antonio Muñoz Molina? : “Vine a Madrid para Matar un hombre a quien no había visto nunca”. (Disculpen ustedes la imprecisiones, pero estoy citando de memoria.) . He ahí el gancho al hígado el golpe bajo, la puñalada mortal que el cronista debe asestar a sus lectores. (¿Recuerda alguien cómo empieza **Crónica de una muerte anunciada**?) Y esto vale también para toda la literatura de ficción.

En el caso memorable de **Cien años de soledad** se concentra la magia de los empiezos. Si uno lee el párrafo inicial, queda automáticamente prendido de la obra: ¿por qué el coronel Aureliano Buendía esta frente a un pelotón de fusilamiento? , ¿Por qué recuerda la tarde aciaga en que su padre lo llevó a conocer el hielo?, ¿por qué la tarde era aciaga?, ¿Por qué no conocía el hielo? La intriga propuesta por don Gabriel García Márquez no puede ser rehuida. Y de eso se trata, de buscar la complicidad del lector. De eso, de mucho de eso se trata la crónica como género periodístico.

¿Por qué insisto tanto en epitetar a la crónica como género periodístico? Por la no muy simple razón de que corresponde a una de las múltiples facetas del periodismo, aunque hay quienes la ubican en el terreno de la literatura narrativa. Ambas posibilidades son viables, siempre y cuando respondan a la premisa indispensable de la calidad.

Yendo por partes, la crónica periodística se distingue de la llamada crónica literaria por su carácter de inmediatez y verosimilitud, mientras la crónica literaria puede sujetarse a distintos niveles de tiempo, de espacio y de intención, la primera cuenta cosas recientes, la otra no, al menos no necesariamente. Una se concibe para ser escrita en periódicos, la otra no, también (o tampoco) necesariamente. Las de Hemingway son ambas cosas, ¿o no? Quiero decir, se publicaron originalmente en periódicos, pero luego se compilaron para formar libros. En este sentido, ¿**A sangre fría**, de Truman Capote, es una crónica periodística litera-





ria? Las dos cosas.

A propósito de este libro magistral, cabe recordar que lo que cuenta Capote ocurrió de verdad, en Kansas, Estados Unidos, pero sin la pericia literaria del autor apenas hubiera alcanzado a ser un extenso reportaje (podríamos más tarde hablar de las diferencias entre la crónica y el reportaje y de los demás géneros periodísticos). Y no debemos olvidar que los especialistas consideran que **A sangre fría** es precisamente el parteaguas entre la ficción y la no ficción, es decir entre la literatura y el periodismo: luego de este libro, se disolvieron ciertas fronteras y muchos aprendimos a escribir de otro modo, para bien o para mal. Me parece de justicia tal apreciación, pero debo decir que en México ha existido, y antes de que existiera Capote, este tipo de periodismo-literatura o literatura-periodismo. ¿Se acuerdan de libros como los de Martín Luis Guzmán: **El águila y la serpiente** y **La sombra del caudillo**, entre otros? Son de la mejor literatura, pero son antes que eso, producto de la averiguación reporteril. Los mencionados son, a la vez, crónicas periodísticas y crónicas literarias.

De lo anterior dicho debe sacarse un hecho claro: mientras más se preocupe uno por dar a la crónica su mejor afeite, su mayor presencia estética, mucho mejores habrán de ser los resultados: quien mejor lo haga, no dará por qué se haya de distinguir, a veces con menosprecio, entre el periodismo y la literatura.

Los investigadores se enfrentan con la búsqueda de un asesino o asesinos cuya astucia es evidente, si bien el o los motivos no lo son. Puesto que este asesino o asesinos cortaron cuidadosamente los cables de los dos teléfonos de la casa, ataron y amordazaron a sus víctimas con gran habilidad, sin huellas de lucha con ninguna de ellas, no dejaron nada olvidado en la casa, ni elemento alguno que indique que anduvieran buscando algo, excepto el detalle del billetero, asesinaron a cuatro personas disparando sobre ellas en distintas habitaciones y recuperaron tranquilamente los cartuchos usados, llegaron y se supone que abandonaron la casa con el arma criminal, sin ser vistos, actuaron sin motivo, a no ser que se considere como tal un fracasado intento de robo, como los investigadores se inclinan a pensar.

Fragmento del libro *A sangre fría*, de Truman Capote

¿QUÉ HAY CON LA CRÓNICA?

Maricarmen Rivera

*Se miente por falta de fantasía,
la verdad también se inventa.*

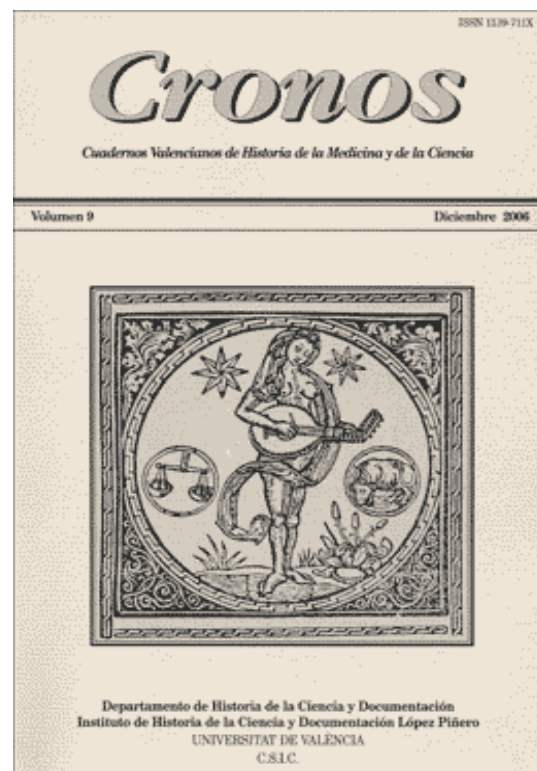
Antonio Machado

La crónica es la estampa del tiempo en letra impresa. (Juan Carlos Gil)

La palabra crónica proviene de los vocablos griegos *Chronos* o *Kronos*, mismos que significan tiempo; hablemos un poco de ellos. Respecto al primero, dentro de la mitología griega *Chronos* era la personificación del tiempo, dios de las edades; surgió al principio de los tiempos formado por sí mismo como un ser incorpóreo. La segunda acepción se refiere a *Kronos*, hijo de Gea y Urano, que en la tradición órfica era dios del tiempo humano (de las cosechas y las estaciones)¹. Con este antecedente, concedemos que cualesquier concepción que se tenga del término crónica estará vinculada al tiempo. De este modo, en el lenguaje cotidiano no nos causa ninguna dificultad utilizar la palabra crónica para referirnos a una dolencia que se ha extendido por mucho tiempo; pero, en el lenguaje literario empleamos el término crónica para referirnos a una obra que narra hechos históricos obedeciendo un orden en el tiempo.

Las presentes líneas están orientadas a reflexionar algunos aspectos de la crónica bajo su denotación narrativa. En una crónica cualquiera los hechos se narran según el orden temporal en que ocurrieron, a menudo por testigos presenciales o contemporáneos, ya sea en primera o en tercera persona. Dicho testigo registra los pormenores que ha visto, y aún todos los que le han sido transmitidos. En ella se utiliza un lenguaje sencillo, directo, y personal; acepta el uso reiterativo de adjetivos para enfatizar en las descripciones. Emplea verbos de acción y presenta referencias de espacio y tiempo.

En la actualidad, al referirnos al subgénero *crónica* es difícil discernir con certeza a qué materia debe uno asociarlo; lo más común y lo acertado es vincularlo con la Literatura, la Historia y el Periodismo. No obstante, es importante recordar que en sus inicios la crónica fue utilizada para transmitir



Debido a los intentos de explicar a Cronos mediante su etimología, ha habido una confusión entre *Chronos* y *Kronos*. Actualmente, muchas obras académicas funden ambas figuras o ignoran completamente la existencia de *Chronos* como una personificación del tiempo, diferente a *Kronos*, dios del tiempo. De éste último se dice que en una revuelta contra su padre se convirtió en el rey de los dioses y se casó con Rea. Ellos tuvieron un total de seis hijos, pero *Kronos* tenía el mal hábito de comerse a sus hijos recién nacidos, para evitar que un día lo destronaran como rey de los dioses. Finalmente, con el nacimiento de su último hijo, Zeus, Rea lo engañó y lo hizo comerse una piedra.

un conocimiento histórico y que, poco a poco, las temáticas abordadas fueron siendo cada vez más variadas; por ejemplo, podían describir desde el matrimonio o la muerte de un miembro de alguna familia real hasta el viaje de un aventurero famoso o la conquista de una ciudad. Así pues, podemos entender por crónica la historia detallada de una nación, de una época o de un hombre, incluso podría utilizarse para referirse a un acontecimiento en general.

Aunque no sabemos con exactitud cuándo el término comenzó a utilizarse para describir un tipo de texto histórico; es menester mencionar que el apogeo de la acepción antes mencionada llegó hasta los siglos XII y XIII en países como España, Inglaterra, Francia y Alemania (lo cual no implica la ausencia de crónica en el inicio del Medioevo). Sin embargo, a partir del siglo XVI escribir crónicas se volvió más común. Posteriormente la crónica continuó utilizándose cada vez con mayor frecuencia y libertad. En Latinoamérica durante el siglo XIX, este género fue “reinventado” y hermanado con la poesía y la ficción por algunos escritores modernistas como Martí, Nájera y Darío². En la actualidad la crónica goza de mucha popularidad y existen escritores especialistas en ella; se pueden mencionar a Elena Poniatowska, Carlos Monsiváis y Juan Villoro.



Elena Poniatowska

Con lo expuesto hasta aquí habrá que reconocer dos características principales de la crónica: primera, ha sido empleada para comunicar un hecho histórico; segunda, recurre a elementos indudablemente ficticios. Resulta entonces que la crónica raya entre los límites de lo real y lo fantástico; lo histórico y lo literario³. El cronista puede mezclar su propia visión con la colectiva, y su historia personal con la histórica, por lo que la crónica es un testimonio de época y de autor. Pero, de igual manera, habrá que reconocer que la ficción se volvió el elemento fundamental para justificar y exponer ideas influidas de manera determinante por las fantasías personales —o de la época— y por los intereses propios del cronista. En mayor o menor medida, las crónicas estaban alejadas de la “realidad objetiva” y no respondían a una lógica de verdad sino de verosimilitud, dentro del propio mundo relatado. El cronista debe interpretar la realidad y es el responsable de los

Rubén Darío escribió tantas crónicas en su vida que según Susana Rotker, doctora en literatura, 13 de los 25 tomos de la *Obra completa* del autor están compuestos de crónicas.

Por su parte, la crónica periodística intenta responder a un por qué y un cómo de los hechos relatados. Al igual que todos los géneros periodísticos, sus objetivos principales son: informar, criticar e interpretar.

juicios, las reflexiones y las emociones que transmite. Y, dado que el autor es el testigo de los sucesos, es quien elige lo que ha de narrar y lo interpreta a placer; entonces, es evidente que la crónica es un género subjetivo (pues los acontecimientos son vividos, narrados e interpretados a través de la experiencia personal del testigo); el cronista es el único vínculo con la realidad referida y es el protagonista del texto. Sin embargo, no por ello es menos importante la parte objetiva de la crónica, sustentada en la realidad y los hechos concretos.

Finalmente, resulta evidente que la crónica utiliza elementos de algunos otros subgéneros literarios como son la novela, el reportaje, el cuento, la entrevista, el teatro, el ensayo y la autobiografía; esta ambigüedad hace que en algunos casos no sea sencillo distinguir a qué género exacto pertenece; a final de cuentas, no tiene límites muy claros. Su principal particularidad es su esencia polisémica y la posibilidad de describir acontecimientos desde una perspectiva histórica, literaria y/o periodística.

Ahora bien, para cerrar el presente texto, volveré a los cronistas españoles del siglo XVI para preguntar: ¿qué importancia tiene para el mexicano que se hayan escrito obras como: *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo; *Cartas de relación*, de Hernán Cortés; *Historia de Indias*, de Bartolomé de las Casas? Algún osado podría asegurar que estas crónicas son una fuente de información al investigar sobre la derrota del Imperio Mexica. Y yo volvería a preguntarle: ¿qué fidelidad histórica ofrece una obra escrita 50 años después de la caída del Imperio, tal y como es el caso de Díaz del Castillo? Quizá otro me argumente diciendo que la riqueza de estas obras no está en la historia sino en la literatura. De igual manera le cuestionaría diciendo: ¿Cuál puede ser la riqueza literaria de un soldado de guerra como Cortés y el mismo Díaz del Castillo? Considero que no podemos acercarnos a una crónica pensando en su veracidad; pues el cronista, al momento de narrar, lo hace bajo sólo unos ojos y pierde toda objetividad. Por otro lado, en aquellas crónicas carentes de creación literaria, pensemos que no es la intención del autor cubrir esa parte estética. El cronista escribe por placer, por el gusto de hacerlo, por darnos su visión sobre cualquier suceso; y creo que eso le permite fantasear.

Crónica es sinónimo de autosuficiencia, en el sentido que debe sostenerse por sí misma. El cronista debe ser lo suficientemente audaz para mantener cautivo al lector y permitir su "liberación" sólo al final del relato, cuando la historia ya ha sido degustada y asimilada a través de la multiplicidad de sus detalles. Y como la expresión concreta de éstos hace de la crónica un género esencialmente informativo -con las correspondientes recreaciones y envolturas estéticas y narrativas- de ahí la necesidad de una labor de reportería que bien podría alcanzar los límites de la "saturación". Es, en otras palabras, el llamado superávit de información: un porcentaje de material obtenido en el trabajo de campo, superior al que va a ser utilizado en la conformación de la crónica.

Jaime de la Hoz Simanca y Anuar Saad Anuar

EL PERIODISMO CULTURAL, ENTRE LA CREACIÓN Y LA CRÍTICA

Alejandro González



Autoentrevistas de escritores mexicanos

Ignacio Trejo Fuentes
Ixchel Cordero Chavarria

Al hablar de periodismo cultural hay que distinguir entre el que día a día da cuenta de las novedades y sucesos, de las discusiones y pugnas, las bajas pasiones, las grillas, las miserias y uno que otro aporte relevante, heroísmo o acto de grandeza que animan la vida artística y cultural de una ciudad y sus alrededores, un país y el mundo. Y el que se ejerce editando suplementos culturales y revistas y colaborando en ellos, con reseñas, artículos, crónicas, fotografía, entrevistas, ensayos, ilustraciones, relatos, poemas, diseño, crítica literaria y de arte, etcétera.

El periodismo cultural que tiene lugar en los diarios, en lo que llamamos genéricamente secciones de cultura, abre espacios a la reflexión y la crítica, pero pocos a la creación, aun cuando algunos de sus reporteros o articulistas la practiquen, cosa que casi nadie nota o le da importancia. Se suele dar por sentado que la creación sólo tiene cabida en los suplementos sabatinos o dominicales o en las revistas especializadas. Al mismo tiempo, en éstos se suele despreciar el periodismo diario, perdiendo de vista el encanto del dato duro, las cifras y estadísticas, la nota chusca, la frase encantadora o desveladora, las nuevas fotos y videos de los creadores y sus obras, por ejemplo un edificio inaugurado ayer, una muestra con los cuadros o esculturas recientes, digamos de Felguérez o Tápies, o una buena entrevista televisiva con un filósofo o los descubrimientos y hallazgos que imperceptiblemente van reescribiendo la historia del arte y la cultura.

El momento del trabajo que más disfrutaba en un noticiario cultural televisivo donde me gané la vida durante tres años era cuando bajaba a un cubículo donde un par de computadoras y varias máquinas impresoras me surtían de todo tipo de informaciones de las agencias más importantes del mundo, y además de Notimex y Xinhua. Ahí encontré muchas veces la nota principal. Es verdaderamente asombrosa la variedad e intensidad del quehacer y acontecer culturales. Pero debo reconocer que también muchas veces me quedé con las ganas de publicar algunas de esas notas o porque no teníamos imágenes o porque esa información —se me decía— no le interesaba al gran público, el que prefiere ver televisión a escuchar la radio o leer los periódicos, el que suma puntos al implacable *rating*.

Aprovecho la anécdota para recordar que hay diferencias importantes, en profundidad y calidad, entre el periodismo cultural que llamamos escrito y el que se transmite por los medios electrónicos. En lo personal, prefiero la lectura de una buena sección cultural, pero no desdeño ciertos programas de radio y televisión que me permiten escuchar y ver mejor —válgase la perogrullada— que lo que me permite la letra impresa. Tampoco es cierto, quiero decir, que en televisión se echa a perder todo lo que se aborda. Como en la prensa escrita, cuenta quién lo hace, desde qué enfoque, con qué fines, cómo lo hace y a quié-

nes se dirige; si sirve a la comunidad cultural y al público en general o sólo al *rating*. En esos años aprendí que se pueden lograr equilibrios entre la calidad de la información y la inteligencia y profundidad en el tratamiento de los asuntos y temas, y los tiempos e imágenes —que en un buen programa valen tanto como en una buena película—, con la agilidad, el entretenimiento, la claridad, equilibrio que —contra lo que hace poco decía en una nota Juan Domingo Argüelles— puede servir para atenuar la incultura de mucha gente —y hasta elevar el nivel de alguien tan culto y brillante como Juan Domingo Argüelles.

Asimismo, una sección cultural consistente como la de **La Jornada** o la de **El Universal**, un suplemento como *Babelia*, de **El País**, o *Laberinto*, de **Milenio**, o un programa de radio donde Ernesto de la Peña habla sabiamente de ópera o acerca de los rollos del Mar Muerto desmitificándolos con elegancia, programas como aquellos de **Conversaciones con Octavio Paz** en que Miguel León-Portilla o Raymundo Pannikar lo incomodan y lo hacen desatinar, o algunos de **Vida y Voz** en los que Juan José Arreola sale inspirado a hablar en torno al barroco o la pasión de Cristo, o un documental sobre Chillida o una entrevista con Borges y Rulfo como las que tiene —y vende muy bien— Televisión Española o, entre decenas más de ejemplos que se me ocurren, varios números de *Vuelta*, como el 100 con su *dossier* sobre Ibarra Güengotia y su muerte o el dedicado a polemizar en torno al Coloquio de Invierno y el de los terremotos del 85, o varios números de una revista refrescante, *Viceversa*; asimismo —decía—, todos estos frutos jugosos del periodismo cultural pueden mover a alguien a escuchar música que antes no le agradaba o interesaba; a ir a mirar una exposición de arte contemporáneo que le abre horizontes más allá de Diego y Frida; leer autores y géneros que estaban fuera de su campo de visión y logran cautivarlo; adentrarse en la política, la historia, la arquitectura, la danza, la arqueología, la cultura popular, la actualidad. No es algo ilusorio: todos tenemos deudas de este tipo con el periodismo cultural, a todos nos ha marcado.

Pero voy un poco más allá, para poner sobre esta mesa los temas que nuestros queridos amigos María Luisa Armendáriz y Leonardo da Jandra han sugerido como los centrales en este Encuentro de la Palabra. Quienes hemos tenido nuestros primeros acercamientos a la poesía, el pensamiento, el artículo de fondo, el relato magistral de un hecho, las opiniones sobre arte de especialistas o creadores, las polémicas entre intelectuales, la discusión lúcida acerca de los más diversos



tópicos, a través del periodismo cultural, y hemos tenido la oportunidad de hacer periodismo cultural, hemos oscilado continuamente entre la creación y la crítica. No necesariamente como elementos separados o contradictorios, sino más bien complementarios, indivisibles. La creación suele ser crítica y la crítica suele ser creadora.

En el periodismo informativo, de análisis o reflexión, el gusto por la creación puede representar un riesgo, pues la tentación de usar la imaginación para condimentar o retocar el contenido es grande; en cambio, si se aprovecha la creatividad se puede enriquecer la forma, el estilo, volver amena, atractiva la lectura, poner alas a la prosa. La crítica debe aprovecharse primero como autocrítica, para escribir e informar bien, y luego como herramienta al servicio de la verdad y los lectores. No todo el periodismo cultural busca ni llega a ser literatura, pero hay géneros propicios a la vertiente creativa y otros a la crítica. Y a pesar de ello, ambas vertientes se entrecruzan, se realimentan, se potencian —como ocurre en las mejores revistas literarias y de ideas.

Géneros como la crónica o el reportaje de fondo pueden, en dosis precisas, combinar creación y crítica. Quizá tenga razón Tomás Eloy Martínez cuando dice (lo leí en un suplemento cultural hace más de 10 años) que Bernal Díaz del Castillo escribió la primera novela americana, su *Historia verdadera...*; según don Juan Miralles, biógrafo acucioso de Cortés y lector prodigioso de los cronistas e historiadores de Indias, la obra de Bernal está plagada de errores o mentiras o ficción (esto lo dijo en una entrevista televisiva hace un par de meses), lo que la desautorizaría como trabajo periodístico e histórico. Recuerdo ahora una frase de



uno de los hombres geniales que gracias al periodismo cultural he tenido el placer de conocer, don Edmundo O’Gorman (frase dicha en un programa de televisión con estudiantes universitarios hace unos 15 años): el principal objetivo del historiador es conocer y divulgar la verdad. Lo cual vincularía estrechamente al periodismo con la historia y los distancia de la creación literaria, excepto cuando la dosis de ésta no altera los hechos.

¿Para qué pueden servir creación y crítica al hacer periodismo cultural?, me pregunto. Y para responderme —y dejar sobre la mesa estas notas que no pretenden ser más que una introducción a la reflexión profunda, es decir crítica y creativa, es decir la de nuestros invitados—, vuelvo al principio. Por un lado para mejorar la calidad del periodismo, generar espacios para el análisis y la conversación inteligentes, sobre cosas que nos deben importar porque nos tocan y benefician o afectan a todos; para recuperar la misión esencial del periodista: comprometerse con la verdad y la difusión y divulgación masivas de información, conocimientos, ideas que enriquezcan nuestro entorno y la vida de nuestros lectores o públicos. Aquí vale la pena apuntar que el periodismo cultural se hace no sólo en las páginas culturales, o que

éstas no se restringen a secciones y suplementos o revistas culturales. Sólo un ejemplo, en las páginas editoriales del diario Reforma se pueden leer los excelentes artículos, siempre entre la literatura y el periodismo, siempre agraciados de creatividad y alimentados de crítica pertinente y lúcida, de Homero Aridjis. O la prosa igualmente rebotante de imaginación, dominio del español y agudo espíritu crítico de Miguel Ángel Granados Chapa. Ambos, hacedores del periodismo cultural al que debemos aspirar.

Por otro lado, me parece sinceramente que el mejor periodismo cultural se sirve de la creación y la crítica para ejercer un poderoso influjo civilizatorio en la sociedad, aquel que se traduce en lectores más conscientes, más exigentes, más cultos, más libres, más participativos, más tolerantes y que —como acaba de proponer Rob Riemen, entrevistado por Alicia Quiñones, desde las páginas de *Laberinto*— se interesen y entusiasmen por la belleza, el amor, la sabiduría... Ya veremos qué nos dicen nuestros amigos, pero para mí es innegable que el periodismo cultural cumple cierta función didáctica, educativa, formativa. Y siempre que se pueda o se requiera hay que dotarlo de rasgos creativos y fuerza crítica. Es útil, pero útil de un modo no vulgar. Ésa ha sido mi experiencia —reitero.

Termino: ante la reducción al mínimo de los espacios para la cultura en los medios de comunicación masiva, ante cierto impulso anti cultural y anti intelectual que rige muchos actos políticos, económicos, sociales, ante el avance —que hace poco más de un mes parecía imparable— de lo que Octavio Paz llamaba el capitalismo salvaje, ante la falta de sensibilidad de algunos directores y dueños de medios, ante la salida fácil del “populismo periodístico” que sólo busca complacer a un público memo y ceñirse a los límites que impone lo comercial, lo vendible, ante el cierre implacable de suplementos, programas de televisión y radio y otras ventanas al arte y la cultura y un largo etcétera de calamidades que nos asolan, hay que activar al máximo nuestro espíritu creador y crítico. No dudo que así lograremos recuperar espacios y ganar otros mayores. No dudo que cada vez más podremos involucrar a los lectores y audiencias en la defensa de esas imprescindibles plazas públicas. No dudo que los grandes artistas, autores y pensadores,



muchos de ellos periodistas notables, se pueden convertir también en nuestros aliados. No dudo que lo que de veras cuenta, lo que de veras vale terminará aprovechando el mercado y no sujetándose a sus designios más obtusos. No dudo que recuperaremos el prestigio de la cultura y el arte entre los poderosos. No dudo que innovaciones como la internet representan más oportunidades que riesgos para el buen periodismo cultural. No quiero pecar de ingenuo ni de optimista profesional. Tampoco diría entonces que va a ser fácil ganar estas batallas. Pero no dudo que creación y crítica, verdad y belleza, conocimiento y luz nos van a salvar, tarde o temprano, a todos, no sólo a los periodistas culturales.

Nota: Texto leído en la mesa “El Periodismo Cultural frente a la Creación y la Crítica”, parte del Programa Literario del V Festival de la Palabra Ciudad de México, celebrado durante la última semana de octubre y primera de noviembre de 2008 en el Centro Histórico de la capital del país.

VIERNES UNIVERSITARIO

Leticia Domínguez Villanueva

Los vasos y las botellas chocan una y otra vez hasta ya entrada la noche, las voces se confunden unas con otras y los temas de los que ahí se hablan son tan diversos que se mezclan con la música que se escucha en el lugar. A lo lejos, en un sitio apartado de los demás, una pareja se besa, algunos otros cantan, bailan; otros ríen o juegan, por fin un chico se anima a hablarle a la joven que llevaba un buen rato observando y le invita un trago, se escucha un ruido...una botella casi llena se ha caído y se rompe al llegar al suelo, se escucha un “abuqueo” y algunas voces que dicen incesantemente: “¡Ni una más! ¡Ni una más!-”. Hay 7 personas haciendo fila para pasar al baño, parece que es interminable. El aire huele a cigarro y es tan penetrante que comienza a impregnar la ropa y el cabello, y el ventilador que los trabajadores del lugar han encendido poco hace para despejar el ambiente.

Como cada semana y como cada viernes, los jóvenes universitarios buscan un poco de diversión, quizás, solo un poco de distracción, y se refugian en “Lichas” un lugar cercano a la Facultad, donde la anfitriona es precisamente Dona Licha.

El punto de reunión comienza por lo general en la explanada de la escuela, en la ya famosa fuente de las mariposas, para después, una vez ya reunidos, dirigirse rumbo a los lugares predilectos para visitar cada fin de semana. Los jóvenes entran al lugar de elección en busca de un rincón donde sentarse y una vez encontrado el sitio adecuado (si se llega temprano, de lo contrario, es en

donde se alcance lugar) proceden a pedir lo que van a tomar, cerveza, algunos compran cigarrillos y botanas para acompañar, y aunque pareciera que esto se ha convertido en parte de una rutina semanal, las historias que se viven no siempre son las mismas. Los jóvenes llegan ahí por diferentes motivos, ya sea para descansar de la jornada académica, el término del curso escolar, para ligar, por el placer de poseer la sensación de embriaguez que libera al cuerpo del estrés, o simplemente por que... ya es viernes.

Entre la música, el cigarro y más botellas poco a poco los jóvenes se comienzan a retirar para dirigirse a sus hogares a descansar y muchos otros para continuar la celebración, y así se va quedando vacío el espacio llamado “Lichas” que se convierte en parte de los jóvenes cada semana, pero esto no es por mucho tiempo, pues estará listo para recibirlos el siguiente viernes y seguir siendo así, acompañante fiel de las vidas e historias de los universitarios.



SAN FERNANDO, NI OASIS NI ALUCINACIÓN

Juan Norberto Lerma



Originalmente, en 1731 el templo de San Fernando fue concebido como un Colegio de Propagación de la Fe. En realidad no era colegio ni seminario, sino un convento independiente que comprendía iglesia, convento ordinario, enfermería y amplios almacenes para proveer a las misiones de lo que necesitaran. Con los años, el atrio se convirtió en un jardín al que oficialmente se llamó Plaza Guerrero, pero al que actualmente se le conoce popularmente como Jardín o Parque de San Fernando.

A quien camina por Puente de Alvarado, los arcos son lo primero que le llama la atención, porque surgen imponentes de entre la uniformidad del paisaje. Ahí la mirada ya no se aplasta en las paredes de los edificios chatos de la izquierda.

Al frente de esa entrada monumental, como en los viejos tiempos, "los mercaderes se resisten a abandonar el templo": ocupando todo lo ancho,

junto a los pilares, se extienden puestos de tenis, cuyo precio mínimo es de 130 pesos y el precio máximo lo impone la tolerancia del cliente. Detrás, entre los árboles deshojados se ve el templo de San Fernando, enorme, deslavado, barroco y viejo. A un lado, en las ventanas enrejadas del edificio de la derecha, ondean en lo alto un par de toallas descoloridas y varias camisas blancas.

El parque no es un oasis ni una alucinación. Más que romper con el urbanismo armoniza con él y persiste pese a él. Su trazo es sencillo, únicamente dos líneas lo seccionan en cuatro partes simétricas. En cada apartado, flanqueadas por setos y herrajes, hay media docena de bancas metálicas, incómodas, bajas, de color (¡oh!, víctimas de la imaginación y el mal gusto) verdes.

Los llamados "niños de la calle" se han apoderado de por lo menos dos de los espacios en los que está dividido el parque. Son hombres y mujeres jóvenes, se les ve echados sobre las bancas, o en el tendajón amarillo que improvisaron a la entrada. Otros de ellos van y vienen, apresurados todos, con un aire de locura en el rostro; ausentes de todo, no miran a nadie ni piden nada. En el momento que los miro parece que para ellos sólo existe su mano que sostiene la estopa empapada de tiner o embarrada con "activo" y su nariz que los comunica con un mundo ajeno a los demás mortales.

La mayoría de las personas que hay aquí son viejos, hombres y mujeres; sólo ellos saben lo que contemplan absortos en el suelo o entre las ramas de los árboles. No se sabe lo que esperan y algunos descaradamente no esperan nada. En sus rostros se

advierte que no tienen fe, que hace mucho que dejaron de creer que su situación mejorará. Tal vez creen que algo pasará, pero no logran identificar qué.

Un individuo bonachón con facha de empleado de oficina me dice que por lo menos lleva 15 años viniendo al parque y que nunca ha visto "nada extraordinario". Le señalo a los adictos y al trío de prostitutas que se pasean en la banqueta, al policía que finge que no ve y que se entretiene metiendo los dedos dentro de su chaleco antibalas. El empleado tuerce la boca y se alza de hombros. Me da la impresión de que lo que sucede es que a él tampoco nadie le avisó en qué momento comenzó a formar parte de esta escenografía. Los dos movemos la cabeza, por motivos distintos, y miramos el destello de los autos que cruzan por la avenida.

Otro sujeto, éste más viejo y de cuerpo compacto, me comenta que ha venido al jardín durante más de 40 años. Entre trago y trago de *coca-cola*, me cuenta sin amargura que este parque se ha deformado por el abandono de los sucesivos gobiernos. "Antes había igual de vicios, pero no tan descarados", dice. "Además, uno podía venir con la familia o traer a alguna dama...", añade, y se vuelve estudiadamente para mirar codicioso el cuerpo de una muchacha más que madura que finge leer en la banca de al lado.

Mientras camino por la acera, una mujer parada junto a una canasta de basura, me mira y sonrío, tiene un *cómic* entre las manos, cuando la observo directamente, finge que lee. Es una pros-

tituta. No es muy vieja, debe tener más de 30 años y menos de cincuenta. No es atractiva, sólo la miré porque ella me vio primero. Su vestido es negro, con encajes, y de su brazo derecho cuelga un bolso. Me detengo en el borde de una jardinera, a dos metros de ella.

Segura de sí misma y sin contoneos estudiados se acerca a mí. Me recorre de arriba abajo, pero no dice nada. Para romper la tensión, yo hablo primero. Le pregunto qué hace por ahí e inmediatamente ella me busca la boca con los ojos y se me queda mirando como si yo hubiera dicho algo divertido. Se lleva la mano a los oídos y me hace señas de que no escucha. Sonrió pensando que es parte de uno de sus actos cotidianos para conseguir clientes y que seguramente está improvisando. Sin embargo, a continuación deja escapar unos sonidos guturales que me erizan la piel. Hace una seña negativa con la mano delante de sus labios y vuelve a sonreír. Entonces me doy cuenta de que los ruidos que hace con la garganta se parecen a los estertores que



alguien haría si se estuviera asfixiando y descubro que estoy a punto de sentirme horrorizado y de salir corriendo.

No tengo tiempo de huir, intento caminar y la mujer me cierra el paso con su cuerpo. Su olor a perfume dulce me marea, señala con los ojos y toda la cabeza el hotel de enfrente. Le pregunto cuánto cobra y con los dedos de las dos manos hace cuentas hasta llegar a ciento cincuenta pesos, más noventa y cinco de la habitación, me aclara con un gesto de complicidad. Por un instante pasa por mi mente la idea de aceptar, me excita la idea de saber cómo gime en la cama una mujer sordomuda. Pero me detengo porque no puedo evitar pensar que es una persona a la que le falta una facultad, que ella es una mujer incompleta. Como puedo, me deshago de ella, aunque me sigue un buen trecho por la banqueteta jalándome el brazo y emitiendo esos sonidos guturales que ya me resultan familiares.

Casi me siento a salvo cuando me dirijo al otro extremo de la plaza. De pronto, mis ojos se van tras de una mujer delgada, casi una adolescente que va tambaleante sobre tacones. Cruza la tarde amarilla como una aparición. Sus pisadas resuenan inseguras en el cemento, pero ella lo disimula con su risa y los ademanes de arreglarse el pelo. Con los ojos interrogo a mi compañero de banca. "Ella anda en lo suyo", dice y se alza de hombros.

La muchacha es atractiva, no debe tener más allá de 16 años, pero su rostro tiene un aire cadavérico que la hace parecer mayor. Lleva mi-

nifalda de mezclilla y una ombliguera deslavada. La veo sentarse sin pudor en la orilla de la jardinera y mostrar sus calzones azules. Nos mira con sus ojos hundidos y se ríe. La muchacha despierta pasiones entre los hombres mayores, es el centro de las miradas, la mayoría abandona sus meditaciones y parecen despertar a la realidad de las piernas abiertas de la adolescente, que exhibe el interior de sus muslos tostados.

Un pensamiento nos hermana: mentalmente calculamos el precio del placer que nos esperaría entre sus piernas, bajo sus piernas, sobre sus piernas, detrás de sus piernas...



Sin embargo, un sujeto moreno se nos adelanta. Se sienta a un lado de la muchacha y comienza a platicar con ella como si la conociera desde hace años. Ella ríe, manotea, se acomoda el pelo y abre aún más las piernas. Su piel se adivina suave y su risa apenas marca el compás de las palomas que se pasean cerca de sus zapatillas. El arreglo es rápido, el hombre palpa su bolsillo y

asiente con la cabeza. Los vemos marcharse casi con pesadumbre.

Cada vez que pregunto, me responden que el templo lo abren hasta las cinco de la tarde. Un hombre canoso murmura convencido que la fe no debería tener horarios y quienes lo escuchan se ríen.

En el parque, una vieja de mirada verde arroja migas de pan alrededor de sus pies. Las palomas y pájaros acuden ávidas a alimentarse.

Hoy, como hace siglos, aunque ya no existe como tal, lo que queda del convento de San Fernando continúa cumpliendo su cometido. Estar sentado aquí a las cuatro de la tarde, representa un acto de verdadera fe.

Enfrente, sobre la avenida, la vida sigue bajo la mirada indiferente de la estatua de Vicente Guerrero.

En el panteón del fondo, descansan, al fin libres de prejuicios y diferencias políticas, liberales y conservadores. En las rejas un letrero reza: "Entrada libre", pero es lunes y hoy no abren. Los vigilantes se encuentran atareados conversando febrilmente a través de sus equipos portátiles.

Enfrente de los arcos que circundan el panteón hay una vecindad monolítica de tres o cuatro pisos en la que no entra nadie, pero en la que desde las ventanas —según me cuentan unas mujeres convencidas— algunos inquilinos espían a determinadas horas las tumbas.

TRES POEMAS

Eduardo Ponce

FIN DE AÑO

Un árbol navideño,
 más bien feo,
 llegó al jardín de la casa.
 Sin darme cuenta de su altura
 le procuramos, mi hijo y yo, un poco de savia.
 Pronto reparé en su fealdad
 y en su creciente esfuerzo
 por acortar la ventaja que otros árboles
 le sacaban en su aspiración al cielo.
 Propuse, entonces, buscarle un lugar en la
 acera
 donde un par de solitarios álamos
 vigilan la entrada de la casa.
 Nadie se opuso. Yo esperaba, por lo menos,
 una leve objeción de mi mujer y mis hijos.
 Pareció no importarles el destino de aquel
 árbol, que en tanto, sin vigilancia, seguía
 avanzando.
 Estaba en sus mis manos su nueva residencia.
 Armado de un pico y de una pala, llegué a
 plantarme frente a él, pero un pude.
 Felizmente volví a guardar la herramienta
 dispuesto a esperar
 a que un rayo hiciera la tarea por mí.

OTOÑO

Al maestro Rubén Bonifaz Nuño



Bombón almendra San Remy 1890, Van Gogh

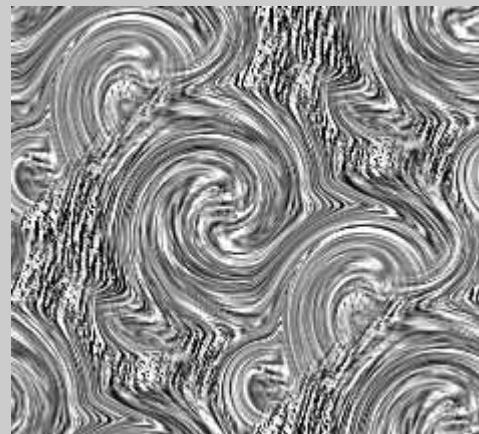
Sólo un deseo reclamo
a la buenaventura del destino:
Que regreses a recoger esa ventisca
de tus ojos
que dejaste olvidada
en tu primera juventud.
No quiero padecer el mundo atardecido
en que tu vida marcó la hora
de marchitos colores,
que se borre el testamento
de tu vejez
aun en contra de actas de nacimiento
y que el aleteo de las aves
cante nuevamente para ti.

ÚLTIMO

A Izrael Trujillo.

Las cosas han cambiado a mitad
de este libro,
y sería traicionar al azul
que no es azul,
al cauce de las aguas
que ahora se arrastran, cansadas,
como si llevaran el peso de un mar próximo
en sus entrañas;
si yo cantara el vuelo de la falda
de Teresa,
el comienzo blanquecino
de sus muslos,
o la risa del abierto mediodía
de mi hijo.

Las cosas han cambiado
y el paisaje de estas páginas
reclama la clausura
del frágil equilibrio de la vida.



LA CRONICA DE UN FIN DE SEMANA

Héctor M. Garay Aguilera

31 de mayo: Compro, como todos los sábados, el periódico ABC, me gusta su suplemento cultural, a veces pienso que es mejor que *Babelia* el suplemento de **El país**. Por supuesto sólo comparo los suplementos, me da urticaria el conservadurismo del ABC. Sin embargo, acompañado de un rico café, leo el suplemento después de la clase del taller del teatro. Leo que en la feria del libro de Bogotá se dio un encuentro de “Nuevos cronistas de Indias” con la participación de escritores latinoamericanos volcados en la



crónica como género literario. Por supuesto el título del encuentro parafrasea a los “antiguos” cronistas de Indias, esos seres maravillados por la novedad de un nuevo mundo y de una experiencia extraordinaria. A menudo malos escritores con aspiración de historiadores pero sobre todo con el valor de dejar huella de los sucesos vividos. Entre los cronistas de Indias “antiguos” el más destacado fue Bernal Díaz del Castillo, sin embargo en su reciente libro Juan Miralles, éste sí un historiador, simplemente afirma que “Bernal mintió”, como consecuencia de la desmemoria del soldado español o simplemente porque no vivió los sucesos que narra, entonces es acusado de falsear la realidad. Así las palabras que teníamos por fidedignas, una gran parte como Historia, con mayúscula, de la conquista de México se modifican, ni siquiera por el calificativo de “verdadera”, adjetivo que agregó para refutar las historias escritas antes que él, en particular la de Francisco López de Gomara.

Lunes 2 de junio, casualmente escucho en la radio el programa de Jacobo Zabludovsky. Una reportera, desde España, informa de una conferencia de Carlos Monsiváis, el actual cronista de Indias, desde la casas de América en Madrid. Claro que se relaciona con los homenajes por su setenta aniversario de vida; y aunque sí lo creo un “verdadero” cronista de la vida actual de nuestro país, me sorprende la tendencia a etiquetar a los cronistas de este lado del Atlántico como cronistas de Indias. Como si España quisiera por supuesto revivir el espíritu colonialista. Aunque imagino que el “Monsi” aceptó tal aberración por suponerla un acto de reconquista.

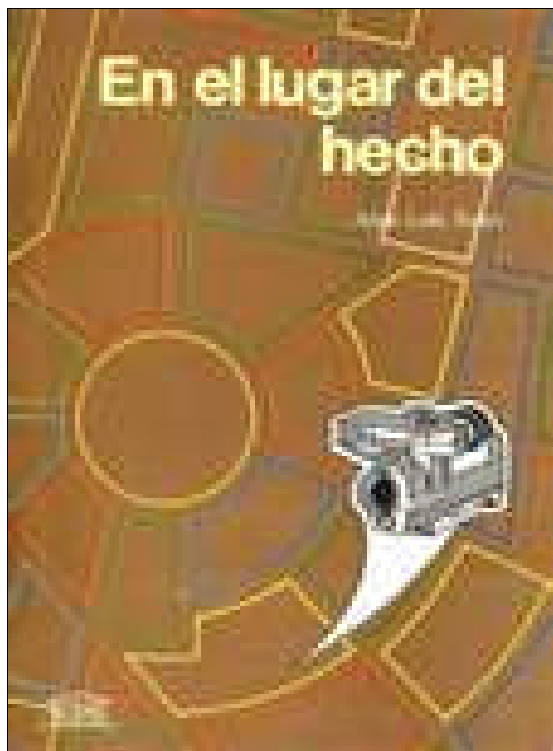
La crónica en apariencia es tomada como uno de los géneros más verídicos, por sus fuentes testimoniales y documentales. Por ser la descripción fijada en el tiempo de alguien que vivió los acontecimientos que describe. Una de sus características es la cronología y la contemporaneidad. En un tiempo la crónica fue historia, primero los reyes, luego los nobles y más tarde los ricos pudientes tenían sus propios cronistas, escritores de cabecera que testificaban los logros de estos señores. La primera persona es su forma más común. En sí no son memorias, aunque sean la narración de un testigo, pero se usa el tiempo actual

y no el pasado, aunque les gana el tiempo y pierden actualidad. Pero, por supuesto, son una fuente de referencia histórica, aunque hay que cuidar también la verosimilitud. Pues las crónicas también se inventan o son falibles por falla de memoria, por imprecisiones, por simples rumores que uno siguió y que no constató (falta que se adjudica a Bernal Díaz) o por lo tendencioso de la escritura. Así se puede optar por la defensa del mecenas que financia la crónica o el interés político o social que la genera, en este caso deberíamos pensar si ya se están escribiendo las crónicas de las acciones “de resistencia” de AMLO pero por supuesto pensar bajo qué perspectiva se escriben. La crónica tuvo y tiene un riesgo de cargarla de heroicidad (¿acaso la **Iliada** y la **Odisea**, no eran primeras formas de crónica?) A fin de cuentas, la descripción objetiva pura no existe, siempre depende del cristal con que se mira, de la personalidad y del contexto en que se desenvuelve el escritor.

A partir del siglo XX, las crónicas fueron substituidas o absorbidas por los medios masivos de comunicación electrónica y también en las formas de entretenimiento. Los noticieros de la radio y la televisión se convierten en las crónicas cotidianas y sus conductores en involuntarios cronistas, la mayor de las veces de la nota roja o rosa. La “crónica” de los asaltos y homicidios o la nota del escándalo en puerta de tal o cual “artista” del cine o la televisión. Es en apariencia crónica periodística. Inclusive el propio Jacobo Zabudovsky fue considerado como cronista con su imprescindible, por años, programa noticioso llamado: *24 horas*, que sin duda consolidó el formato en nuestro país.

También los medios para hacer crónica se han modificado, si bien sigue existiendo la pluma y el papel. La mirada a través de la cámara sea fotográfica o de video es el medio contemporáneo de los cronistas actuales. Y el imperativo de estar en el lugar de los acontecimientos, en el mismo momento que están cediendo los hechos: guerras, terremotos, magnicidios, espectáculos. Esto ha provocado que los re-

porteros sean substituidos por las propias personas que viven un acontecimiento. Es asombroso ver la imagen de un accidente grabado por la misma persona que lo sufrió. También y gracias a los medios de comunicación portátiles se está dando una sobre saturación de reporteros de la realidad y de creaciones a propósito. Y ahora su medio de publicación, es decir de hacer pública su “crónica”, son los propios medios electrónicos: el envío de video a través del celular o a la red vía *youtube*, se convierte en el medio. Por ejemplo, está de moda la circulación de mano en mano y con gran facilidad del video de unos cuantos minutos, titulado: “La muerte de un Emo”. Relacionado a las acciones de intolerancia contra de este grupo de jóvenes, donde se ve la golpiza propinada a una de ellas por un grupo de jóvenes, entre las acciones finalmente se ve



cómo se le deja caer una enorme piedra sobre la cabeza provocando un espectacular sangrado. Las imágenes están grabadas con un teléfono celular y de esta manera se hace circular, son borrosas pero elocuentes e impactantes. ¿Estamos ante la crónica de los últimos días, como muchos auguran? Esa apocalíptica llegada al momento histórico en que la insensibilidad de la conciencia colectiva no nos hace reaccionar ante nada y en el que esta forma de videos es la forma de diversión de muchos de nuestros jóvenes en escuelas y barrios. Estaremos llegando a la “crónica de la muerte anunciada”, como el título de la novela de García Márquez, pero de muestra capacidad de involucramiento y reacción ante los acontecimientos de violencia y corrupción.

Domingo 1 de junio: desayuno con la familia y la decisión de ir al cine. Mientras esperamos para entrar escribo estas líneas finales:

“Por supuesto podríamos imaginar que la verdadera crónica como el título de Bernal Díaz del Castillo está en el arte y sus formas de representar la realidad y los acontecimientos. En la capacidad de creatividad y la vuelta a compartir valores, imaginar cómo un grupo de jóvenes (Peter, Susan, Lucy y Eduard) son los reyes que pueden salvar el mundo junto con un mítico León llamado Aslan. Al menos podríamos intentarlo y luego escribir la crónica de los resultados”.

Desde luego vive la segunda entrega de Las Crónicas de Narnia: *El príncipe Caspian*, en la función de las cuatro de la tarde, en estos complejos cinematográficos que nos han cambiado la noción del disfrute del séptimo arte. Al menos agradezco que no se tratara de uno de esos ejemplos de falso documental o de documental real que ha invadido las pantallas.

Regresé a casa a las siete de la noche a hacer una lectura nocturna del periódico dominical y hacer el recuento de la guerra contra el narcotráfico que también como crónica de una muerte anunciada vamos desafortunadamente perdiendo. Tampoco me satisface y voy en busca de la novela de García Márquez para envolverme la persecución de los hermanos Vicario, los míticos Pedro y Pablo, para acabar con la existencia de Santiago Nasar, el responsable de la deshonra de San Román. Al menos es ficción, es una especie de mentira. Y así pienso que vale la pena mentir para hacer más llevadero el mundo y llenarlo de heroicidad. Así no importa si Bernal mintió. El fin justifica los medios. Por cierto, acaba la noche y llega el día, finalmente acabo la novela. Son las seis de la tarde del lunes, no funciona la computadora. El texto se queda en el archivo un par de días más y puedo hacerle cambios a la historia original. Tengo que enviarlo, si no será completamente distinto a como lo pensé.

Así se cumplen los plazos y este texto, con el tema de crónica, y a veces con forma de crónica, ya está en manos de Leonel como colaboración a la revista **Péndola**. La otra parte es su publicación y tu lectura confiada, pero eso ya es otra historia.

CRÓNICA DE UN VIAJE EN EL METRO

Eneida Martínez

El calor reptaba por el suelo, sube por los tubos e invade los cuerpos apretujados en el vagón. Ya habías olvidado lo cansado de viajar en el metro, y creer que apenas comienza el martirio de “eso de usar transporte para *nacos*”, frase que les escupías a tus compañeras de trabajo por no tener carro. Ahora tendrás que tragarte el orgullo y tus palabras, pues ya no te queda otra más que convivir con la *naquería*. A mal momento tuviste que ofertar tu *Beetle* porque la empresa fue capaz de recortar salarios y no personal, tú hubieses preferido dejar a unos cuantos (claro, incluyéndote a ti) con el mismo salario y deshacerte de uno que otro holgazán.

Un sopor se apodera de tus ojos, intentas abrirlos pero el sueño se adhiere a los párpados. Te das cuenta de que muchas personas se duermen de pie, te admiras de la habilidad adquirida al no caerse en cada enfrenón o movimiento brusco, ya aprenderás tú también a esas destrezas.

Mientras tanto, las promociones de los vendedores y la voz de los *seudo* cantantes son ahogadas por el ruido que sale de los rieles. Un desfile de personas con deformidades acaba con tu paciencia y con la de los pasajeros. Un hombre sucio, con los párpados sellados y que sólo permite ver una línea de carnosidad roja, pide monedas mientras canta. Después de él le sigue una mujer morena, delgada, con la cabeza un tanto desproporcionada, apenas articula palabra alguna, un ojo es saltón y el otro apenas lo puede abrir, en una de sus manos lleva una bolsa de plástico y en la otra un vasito sucio, donde un par de monedas le ayudan a acompañar una melodía ilegible, te entretienes observándola y contando sus defectos físicos. El desfile, que consideras de deformes, continúa. Un hombre, más bien, la mitad de un hombre ayudado por un carrito vende *Tridens* y *Usher*. Ninguna compasión arranca, uno que otro se atreve a regalar una moneda de poca monta. Para aliviar tu conciencia compras unos *Tridens*, mientras piensas “pobrecillo”. Pero las promociones no terminan, escuchas la oferta de un vendedor ofreciendo sobres de plástico que sirven para documentos importantes; como actas de nacimiento, actas de matrimonio, “y porque no, señores pasajeros, también para las actas de divorcio”. Un sobre multiusos, un sobre que en boca de su



vendedor podía resolverle la vida a cualquier individuo. El seseo terrible que produce la voz del comerciante hiere tus tímpanos, tanto así que instintivamente utilizas los dedos como blindaje para proteger tu oído izquierdo, sin embargo, no puedes evitar que el derecho quede huérfano a merced del lastimero sonido. La tortura no para ahí, pues tras del proveedor de sobres de plástico, sigue otra vendedora ofreciendo la lupa de bolsillo, “que no se maltrata, esa que no se raya, que no se quiebra, para mirar las letras pequeñas que suelen traer los contratos y que a muchos, por no leerlas, les han traído verdaderos problemas”. Y no falta,

en esta riada de baratijas, el libro de *22 Hermosos, Bellos y Apasionados Pensamientos de Amor y Amistad, para esa personita especial*, “para que enamore con estilo, para que le den el sí a la hora de pedir la mano de la futura esposa...”

Tus piernas empiezan a susurrarte su dolor. No fue hasta que empezaste a viajar en el metro, que resientes los altos tacones acostumbrados desde hace años, así que te propones no cambiar de calzado, sino a ser más habilosa para “cazar” un lugar desocupado.

El vuelo de *Eugenia* llega, un poco tarde, pues el convoy se ha venido deteniendo por lo menos cinco minutos en cada estación, muchos bajan latigueados por el tiempo, y con gran destreza logras arrebatarse con alevosía y ventaja el asiento a un hombre anciano que estaba a punto de sentarse. Tu amabilidad para esas horas ya ha desaparecido.



Rápidamente sacas tu espejo y te retocas todo el rostro. Tienes una estación para esconder tus arrugas, tu palidez y las ojeras que delatan el cansancio atrasado, insistes con el maquillaje para hacerle creer a la imagen reflejada en el espejo, de que las arrugas en tus ojos no son tan visibles. Cruzas la pierna y parte de ella queda al descubierto, el hombre que tienes frente de ti no te ha quitado los ojos de encima y su mirada se convierte en ventosas que quisieran succionar todo tu cuerpo, lo ignoras pues te parece un tipo desagradable y sin clase.

La luz parpadea y amenaza con dejarlos a oscuras, cumple su cometido por algunos segundos, tus párpados se cierran sin proponértelo, pero son espantados por la luz que vuelve de manera repentina. Dejas escapar un bostezo y lo escondes con la palma de tu mano, por ningún motivo permitirás que el sueño te gane la batalla, pues es en el trotar de División del Norte donde te encontrarás con el único hombre que ha sido puntual en sus “citas”. Las puertas del convoy dejan entrar otro oleaje de personas, buscas entre ellas al que ha robado tu atención desde hace una semana y media, pero no lo ves por ningún lado ni escuchas su voz ronca, esa voz rasposa, rasgadora de tímpanos, sin embargo, se ha vuelto música para tus oídos, como aquel bolero que suelen poner y lo cantas mentalmente: “Vendaval sin rumbo que te llevas tantas cosas de este mundo/ llévate la angustia que produce mi dolor que es tan profundo/ llévate de mí las inquietudes que me causan el desvelo/ por vivir soñando con un imposible para el corazón...”

El viaje empieza a ser más tortuoso, tus arrugas disimuladas por el maquillaje se notan aún más cuando haces un rictus de tristeza contenida. El aullido, no de Coyoacán, sino el de un “niño de la calle” pidiendo una limosna, se mezcla con esa otra voz rasposa, rasgadora de tímpanos, música para tus oídos... el rostro se te ilumina con una sonrisa que no puedes disimular por la emoción también contenida. Metes la mano en tu bolsa y acaricias unas monedas, entonces escuchas ese “discurso” que casi te has

aprendido de memoria: “Señores pasajeros les pido una disculpa al venir a pedirles algunas monedas, lo que sea su *voluntá, pus* debido a que soy ex convicto no logro conseguir *chamba*, y me veo en la penosa *necesidá* de pedirles su valiosa ayuda, lo que sea su *voluntá, pus* prefiero pedir que andarles robando o quitándoles el monedero, y es que *pus* por eso estuve en la cárcel por robo a mano armada y no quiero volver a hacer lo mismo. Es por eso que les vengo a pedir ayuda, y que Dios los bendiga, que Dios les dé más, que Dios...”.

Mientras va pidiendo las “sagradas” monedas tú lo imaginas, pues no puedes verlo debido a la multitud que se encuentra ahí. Siempre te deleitas de unos brazos bien marcados por el ejercicio (penitenciario, piensas), en el brazo izquierdo lleva tatuado un delgado alambre de púas, y el otro una hawaiana con enormes caderas. Los pantalones de mezclilla (siempre lleva los mismos, así que esta vez no puede ser la excepción) pegados a las nalgas presumen su turgencia y las piernas gruesas también se adivinan musculosas. *El tipo de los tatuajes* —como ya lo has empezado a llamar— lleva el cabello casi a rape, te hace recordar al actor Christopher Meloni de quien no te pierdes ni uno de sus capítulos, tan sólo para imaginarte en sus brazos llenos de fuerza varonil. A falta de un Meloni, te conformas con el ex convicto que “no está nada mal”, pero que serías incapaz de revelárselo a alguna de tus amigas o compañeras, pues sabes que ese individuo no sólo no tiene “clase”, sino que es un vulgar delincuente y va contra todo lo que has pregonado a medio mundo, sobre la alta categoría que debe tener una persona para poder salir contigo. En el fondo te avergüenzas de los deseos despertados por un exconvicto, escondes en lo más recóndito de tus pensamientos, la emoción que resulta figurarte acurrucada en la virilidad de un hombre que se fija en ti, no por tu persona, sino porque tu “donativo” es bastante generoso. Una ocasión, te miró como se mira a alguien que le hace “falta algún tornillo”, tanto así, que esa vez que le “donaste” un billete de cincuenta pesos te dijo, con su voz de lija, que él no estaba vendiendo nada, tú sólo respondiste con una caricia sobre ese puño calloso (puño como a punto de tirar el golpe certero a quien se pasara de listo). De ahí en adelante siempre haz sido generosa con tu “cooperación”, a cambio él se convirtió en el hombre más puntual que hayas conocido en tu vida, y siempre llega a su “cita” contigo en *División del Norte*.

Pero esta vez, lo sientes un tanto irascible, además de que no fue sino hasta Coyoacán donde se su-



bió a pasar a recoger “lo que sea su *voluntá*”. Lo justificas y piensas que quizá tuvo un mal día. El tumulto de gente y varios comerciantes ofertando sus productos no permiten que llegue hasta ti, tú sigues acariciando con inquietud varias monedas de a diez pesos. Últimamente, te has dado cuenta en la merma de los “donativos”, no sólo con *El tipo de los tatuajes*, sino también con todo aquel que lance su sermón en pro de los enfermos de sida, de los alcohólicos en vía de recuperación o perdición, de alguna huelga prole-

tariada perdida, de los *niños del Teletón* menos olvidados que de los *niños de la calle* “que sean ayudados con una moneda que no afecte su economía”... Muchos ya no colaboran por las causas pregonadas, quizá porque ya no creen que Dios les llegue a reenumerar todo lo que han dado.

Escuchas un insulto y luego la voz de lija en extremo enojosa, seguramente alguien no quiso cooperar —piensas—. *El tipo de los tatuajes* extiende su insulto a todos los pasajeros y rompe en cólera, -¿qué me ven pendejos?, uno les viene a pedir de buena manera ayuda, pero ustedes no colaboran, creen que por venir bien vestidos y lustrados son más que yo, *pus* no, fíjense que no, ya les expliqué que no puedo trabajar porque soy ex convicto, y no me dan *chamba*, no es que no *haiga chamba*, pero no me la dan, ya quisiera verlos en mi lugar, bola de pendejos. Ni modo, yo vine por las buenas pero ustedes no colaboraron —y el tono de su voz va en aumento y eso asusta, pero a ti no—. Quieres verlo y te levantas de tu lugar, pero el tumulto empieza a moverse de un lugar a otro, gritos de mujeres, llantos de un niño chillón, el “no manches” de un púber... Nadie se atreve a enfrentarse, y el miedo empieza a hacer de las suyas en los rostros de hombres y mujeres, que lamentan tanto que el convoy se haya anclado a mitad de túnel. *El tipo de los tatuajes* saca de entre sus ropas un cuchillo casero, no sé sabe a quién quiere atacar, la gente que logra ver esta acción lanza un grito al unísono, y tú sin lograr ver nada ¡Carajo!, ¡Carajo! ¡y mil veces Carajo!... El convoy se sacude la pereza y vuelve a andar con lentitud, gritos y más gritos, alguien grita que jalen la palanca, y otros que no, pues no logran ver qué pasa y piensan que es un bromista. Por fin el andén, la salvación. Las puertas se abren, algunos los pasajeros salen despavoridos del



vagón. Se escuchan gritos que retumban en el andén, una melodía de los Panchos esa que dice “Amorcito corazón yo tengo tentación de un beso...” se mezcla con los auxilios, los ayes de pavor, el llanto de chillonas y chillones... Nadie sabe en realidad qué sucede. La gente sigue corriendo despavorida, tú intentas acercarte donde dicen que *El tipo de los tatuajes* mató a alguien; pero es inútil, la fuerza de las personas te arrastra, un par de policías de complexión endeble aparecen para ver qué sucede.

Todo es confusión, pero logras vislumbrar al rijoso, a tu hombre puntual, a *El tipo de los tatuajes* que sale corriendo del vagón, los raquíticos policías corren tras él, las zancadas del delincuente son grandes, llega un par de policías - uno endeble y otro obeso, que parecen una mala caricatura- en auxilio de sus compañeros para capturarlo. Las zancadas que da el ex convicto son aún más grandes, uno de los policías endebles logra asirlo del chaleco, se jala, se vuelve a jalar, logra zafarse antes de que el policía obeso llegue para su apoyo. Corre, corre y corre, tú también corres y no sabes por qué, pero corres para ver el destino de *El tipo de los tatuajes*. Ya no lo ves, los policías endebles y el obeso siguen corriendo y hablando por sus radios pidiendo refuerzos, pero parece que no lo alcanzan, sigue la confusión. Regresas a la escena del crimen, si hubo tal,

pero ya no te dejan entrar al vagón, un uniforme más obeso te obstruye el paso. Te medio enteras de que hay uno que otro golpeado e insultado, las bajas sólo son ésas, pero muertos no hay...



El calor reptaba por el suelo, sube por los tubos e invade los cuerpos que se apretujan en el vagón. Ahora sí ya aprendiste el arte de arrebatar con maestría el asiento, y sin que parezca gandallez. Sacas tu espejo y te retocas todo el rostro, escondes tus arrugas, tu palidez y las ojeras que delatan el cansancio acumulado. Tienes que verte muy bonita, no vaya a ser que ahora sí, después de varias semanas de ausencia, suba *El tipo de los tatuajes* pidiendo su “cooperación”.

BICENTENARIO DEL NACIMIENTO DE EDGAR ALLAN POE

Isabel de la Rosa Ortiz

Eran las 5:23 de la tarde, el sol resplandeciente se mostraba del lado poniente de la ciudad, en el patio central de la FES-Zaragoza se notaban apenas una cuantas personas caminando y otras tantas sentadas frente a unos murales blancos de madera cercano al edificio de Gobierno, lugar donde se montaba un escenario de color negro y una mesa con vino, copa, rosas y un gato. En las sillas colocadas al frente del escenario, estaban unas trece personas.

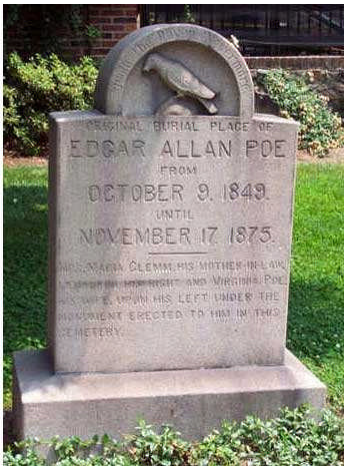
Aparece un señor de gafas con vestimenta que refleja una edad mayor a la que refleja su rostro, es el profesor de teatro. Después de brindar una reseña breve de la vida de Edgar Allan Poe (su infancia, crianza, gustos), hace una invitación a algunos profesores del área de actividades culturales; para entonces ya ha señalado la secuencia del programa en la cual participaría el grupo de teatro de la Facultad, finalizando con la proyección de una película del escritor ya mencionado.

Da comienzo la primera narración-representación de la obra “Corazón delator”, un chico de cabellera castaña y larga hasta el hombro comienza la narración, sale a escena una chica (Vianey) con una gargantilla negra en forma de flor, acompañada de tres chicos; a mitad de la obra el lector intercambia de papel con Vianey, dando seguimiento a la presentación. Para ese momento el sol comienza a ocultarse acompañado de una ligera corriente de aire, se ve levantarse a dos chicos del público que felicitan a algunos de los actores y se retiran, no es notoria su ausencia ya que han llegado más espectadores que observan desde

las jardineras.

Acabada ésta, aparece el profesor de teatro e invita al profesor de redacción a sumarse a la celebración. Con escuetas palabras porque “no estaba preparado para esta grata sorpresa” habla un poco de la estructura de la obra de del Poe. Dicho lo anterior, Vianey comienza a recitar el poema “El cuervo” (el poema más celebrado de Poe), con fluidez notoria, ha mostrado problemas al momento de elevar el tono de voz pero transmite tranquilidad, calidez, romanticismo. Continuaron con la encarnación de la obra “Gato negro”, tiempo en el cual se ha ocultado por completo el sol, y las estrellas lo reemplazan, acompañadas de un aire frío de mayor intensidad.

Para las 7 de la noche han proyectado la película **Historias extraordinarias**, basada en la obra de del autor celebrado. A pesar de que la noche se aferra en apoderarse de la FES-Zaragoza y que la celebración al Bicentenario del nacimiento de Edgar Allan Poe se considera sólo un humilde homenaje al precursor del género policiaco, los estudiantes que salían de las clases a esa hora se acercan a ver la proyección. Después, la explanada de la Fes-Zaragoza se queda en un silencio profundo como digiriendo aquello de lo que ella también formó parte.



ESENCIA

Sandra Escutia

Para Ismael

S.E.D es la palabra perfecta cuando se es agua, cuando te persiguen dragones de tormenta, cuando tu ardor crece como las mareas con la luna llena. El agua tiene el alma de quien la posee. Sana tu sed entre el vapor de mis secretos. El primero de ellos, sed, soy yo.

Suspendido

Entre nosotros un abismo: tú y yo. Armadillos asustados. Ovillos herméticos, silenciosos. Un día sales y el mundo ha cambiado. Otra vez solo.

Sino

Sino

El silencio no es opción
 amante en época telemática
 amante polimorfa
 amante perversa en monogamia.
 Tenazas por extremidades
 ventosas por labios
 sonidos graves de pasión
 El silencio no es sin voz

El.

EL QUE ES TACHO DONDE QUIERA

CANTA

Armando René Domínguez



¡No!. Tacho no es un tipo común y corriente: es un “elegido”; uno de esos personajes que dan vida y colorido a nuestra, de por sí caótica y jodida Ciudad de México. Vive en La Malinche, allá por el Cerro de Judío, en el sur de la capital. Tacho es el infaltable invitado a las pachangas del barrio, sea o no invitado.

En los albores de su carrera como intérprete, fue el platillo fuerte: todos pedían que cantara desde un corrido, bolero, son, cumbia, balada o lo que fuera; hasta cantos gregorianos ya en puntos pedos. Con el correr del tiempo pasó a ser el postre; la mayoría de los invitados buscaba la manera de empedarlo y entretenerlo en algo que no fuera cantar. Con el afán de persuadirlo salían a relucir los clásicos comentarios de borrachos: que los gringos le ganaron de nuevo a la selección nacional; que el Peje va por su cuarto intento; que la Campuzano sigue desaparecida; que, según las investigaciones, ya se sabe quién mando tirar el avión en donde venía Mouriño y compañía.....etc. Tacho, abusado todo él y ajeno a ese tipo de discusiones, prefería la

cantada y la beberecua.

La fama le llegó como a todos los grandes: en el momento menos esperado. Fue una noche de serenata para la vieja del Japo, quien cumplía años. Ya entrados en copas: Tacho, Bárcenas, el Manotas, Don Julio y el marido de la festejada, planearon un superagasajo: la música correría a cargo del trío “Los Sanchos”; además de los pomos, las cocas, las flores y “Los amorosos” de Jaime Sabines, poema que el oriental se aprendió de memoria para recitárselo a su “Chapis”; tenía que discutirse para que le perdonara los tres días que llevaba de pedo.

Dieron once y media de la noche y “Los Sanchos” nunca llegaron; seguramente tenían operativo.

Temeroso el “Japo” tuvo que resolver el problema, así es que se lanzaron a San Bernabé, a la pulquería del “Calas” por unos nortños, seguro que a esa hora tendría que haber, aunque ya dormidos, por lo menos un grupo.

No encontraron ni un alma, solo barricadas del blanco vacías y un hedor insoportable. Tacho con la pila puesta y con esa seguridad de saber lo que le esperaba de ahí en adelante, sin más ni más, fue a su casa por la grabadora, sus cidis- karaoke y todo estaba resuelto.

Como en todo cumpleaños se destaparon con las mañanitas, más bien se destapó Tacho, porque no permitió que le hicieran segunda, incluido el oriental, que lo veía con sorpresa y desagrado. Le subió a su gabacha y de ahí *pa’l* real: Vicente Fernández, José Alfredo Jiménez, Los Tigres del Norte, Julio Preciado, Intocable, Miguel Aceves Mejía, Ezequiel Peña, Los Dandys, Ramón Ayala, el ídolo del pueblo, Pedro Infante; hasta Juanes, Roberto Carlos y José José.

La “Chapis” sólo aguantó dos horas, o 47 cancio-

nes; antes de regresar a sus aposentos agradeció a Tacho el detalle con un beso en la mejilla; al Japo por su parte, y con ojos de pistola, le pidió se bañara y dejara la peda si quería entrar a la casa. Al filo de las 6 de la mañana y después de la maratónica serenata, todos, incluido Blackie el perro de doña Lupita, agradecieron que aquello terminara, y así poder dormir aunque fuera una hora.

Como todo ídolo popular, Tacho guardaba su verdadera identidad bajo un modesto overol verde olivo de gasolinero, hacía varios años que desempeñaba este oficio por las mañanas, allá por Insurgentes Sur frente a Pronósticos Deportivos. Por las tardes era un conserje gruñón en una preparatoria “patito” en Valle del Sur, en Iztapalapa. Tres noches a la semana y en la soledad de su cuarto se preparaba a conciencia para dignificar la profesión de cantante.

Tacho Cantaba al levantarse, al arrojar el muerto, en la regadera, al terminar de comer y por si fuera poco, en las noches antes de envolverse en un merecido sueño. No era para menos; los viernes por la noche no faltaba quien le invitara unas chelas, y no le paraba hasta el domingo después del palenque en Oyamel; aaah, porque alguien como Tacho no podía faltar a una de esas orgías de sangre, placer y muerte; entre sombrerudos, bigotones, bellas mujeres y canciones de mafiosos.

Pero no todo ha sido miel y rosas en la carrera de tacho:

—Los reveses que de pronto nos asesta la vida nos enseñan a madurar y caer firmemente sobre el difícil terreno de la farándula —así lo decía Tacho cada vez que le pedían un consejo.

La nota mala sucedió una noche de septiembre, se celebraban las bodas de plata de Goyita y el Flaco. A la misa de acción de gracias sólo asistieron, como

siempre: los hijos, y los hijos de los hijos de los festejados. Tacho apareció en la iglesia con una gran sorpresa: cantó la misa completita: desde el aleleya, el ofertorio, la comunión y remató ¡poca madre! con el Ave María; ¡vaya sorpresita que traía Tacho bajo la manga!. Todo iba muy bien; los abrazos, las felicitaciones, la foto familiar en el atrio de la iglesia. Todos formaditos: uno, dos tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho...uta que familia tan unida y tan numerosa. Llegó la hora del refín: Carnitas estilo Michoacán de Don Carlos, un chingo de arroz, por obvias razones, frijoles de la olla, chiles curados caseros, chelas frías, los frascos: Bacardí solera para los padrinos de primer grado, añejo para los de segundo y blanco para la perrada. Cocas familiares pa' los grandes y agua de horchata y jamaica para los chavitos, aaah, porque como tragan refresco pinches escuincles. Transcurrieron los primeros minutos en santa paz. Como por arte de magia aparecieron medio centenar de familiares de los festejados, eso dijeron; al final de la fiesta tanto Goyita como el Flaco coincidieron en que la mayoría de los invitados no eran parientes de ninguno de los dos. Entre los invitados, de grado por supuesto, llegó Tacho, vestido con un traje de charro negro con vivos en oro y rojo; un mini componente: bocinas, reproductor de discos compactos, un llamativo micrófono color verde limón, que más bien parecía de maestro de ceremonias de circo, además de su inseparable caja de pistas.

Antes de que empezara a conectar, el Flaco le pidió moderación en su show:

—Van a venir algunos maestros y secretarias de la UNAM, procura deleitarlos y no empieces de pinche impertinente, Tacho, por favor-.

—Qué tiernos; así, pus sí--, dijo Tacho sonriente.

No le hubieran dicho, al calor de los tragos se sentía entre Alejandro Fernández y Pablo Montero, pasando por el Charro Avitia; además tenía que discutirse porque entre la concurrencia estaba Patricia, esa rubia dentista, que además de arrancarle los dientes, le arrancaba suspiros cada vez que intercambiaban miradas.



Todo transcurrió con normalidad hasta después de la comida. Corrieron chelas y Bacardí a discreción; Tacho deleitaba al respetable, hasta ese momento, con una tanda de rolas *light*: *Gavilán o paloma*, *Bella*, *La camisa negra*, *Nube viajera*, *Por debajo de la mesa*, *Por una mujer bonita*. A petición del sexo débil pasó de lo meloso a la canción de protesta, vulgarmente llamadas “ardidas” bien representadas por Lupita D’Alessio y “Paquita la del Barrio”: *Inocente pobre amiga*, *Mentiras*, *No siento nada al hacerlo contigo*, *Te estás pasando*, *Tres veces te engañé*, *Lo siento mi amor* y una que otra pesadona como: *Rata de dos patas*, *Tu nombre es traición*, *Me saludas a la tuya*, *Sé que te vas* y *Háblame de frente*. Para entonces el ambiente se tornaba entre caliente y agresivo, las infelices mujeres, las abnegadas esposas que durante días, semanas y años habían vivido en el anonimato tras un mandil raído, sacaron a relucir su ver-

dadera personalidad. ¿Gracias a quién?, a quién más: ¡a Tacho!, a la D’Alessio, a la tierna y claridosa “Paquita la del Barrio”; además tenían que aprovechar: ¡nunca las sacan!, ¡nunca les cantan! y ¡nunca se ponen pedas!, qué restaba decir: ¡chinguen a su madre los machos!. ¡aaah no!, Menos Tacho; fue lo único que alcanzó a decir Josefina y sus ciento veinticinco kilos, cuando fue alcanzada por un volado de derecha de Charly. No abrió más la boca,.. bueno sí, solo para arrojar un espeso mapa de sangre.

El momento culminante llegó entrada la noche, para entonces el novio andaba muy propio, de corbata y en calzones. La familia lo encueró y empezaron a hacer la cooperacha para la segunda luna de miel. Realmente la intención no era mandarlos de viaje y que, como hace 25 años, echaran patita en un hotel de Acapulco; sino sacar billete para pagar la cerveza, el pollo, la ropa y seis pares de zapatos que pidieron fiados para la ocasión. Como un entrañable personaje de “Los olvidados”, el flaco y su séquito pasaron la charola tres veces. Mientras unos eran sableados, otros disfrutaban del repertorio de Tacho. Su voz no era la misma de tres horas antes, estaba destrozada e irreconocible. Lo más cabrón era que no soltaba el micrófono. Empezaron los reclamos y las mentadas de madre al flaco y por supuesto a Tacho:

—Ya ves, cabrón, ese güey no afloja, no mames.
—el novio solo movía la cabeza.

—¡O qué!, ¿nos vamos a quedar sin bailar otra vez?, ¡ni madres!. O le das las gracias o lo corro yo a punta de madrazos —reclamó Víctor.

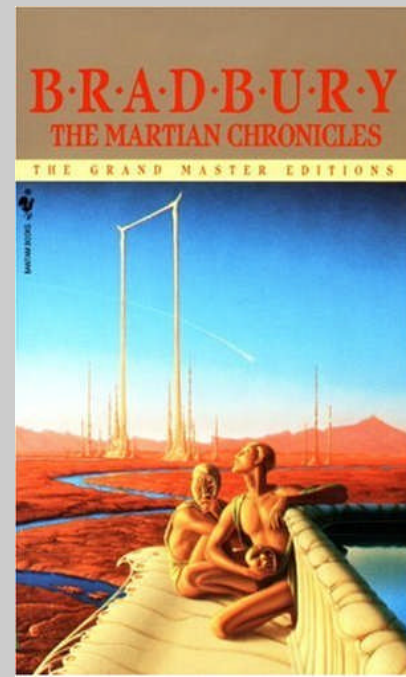
La archirreconocida “víbora de la mar” se realizó a media luz; entre mentadas de madre y *De*

qué manera te olvidó, en la voz del, para entonces, culero del Tacho. Cerca de la cantina se generaba la segunda gresca de la noche. El profe Jorge le cantó la bronca a Matías, nada más porque le había agarrado las nalgas, qué nalgas, a su esposa:

—Cómo no se las voy a agarrar si anda de pinche facilota ¿o no toques? —dijo el agredido, dirigiéndose al cantinero.

El teatrillo fue el detonante, Tacho salió en defensa de la dama. Ya sin el micrófono y en completo estado de ebriedad quiso meter paz y saco más. El profe Jorge le reclamó a Tacho que por culpa suya, su vieja había estado de coqueta con él y con todo mundo. Tacho no aguantó y se le fue encima: gritos, pellizcos, mordidas y jalones de greñas; el intento por separarlos fue inútil. A los pocos minutos y con un visible hilo de sangre en la nariz, Tacho renunció a la fiesta; recogió sus cosas y salió echando madres. Al cruzar la puerta un grupo de maridos balconeados lo recibieron a punta de patadas; le destrozaron su equipo, sus pistas, pero nunca su orgullo y su gusto por cantar. El flaco y familia fueron en su ayuda, Tacho resignado y dolido solo pidió que lo dejaran en paz. Con la ropa hecha jirones se perdió en la oscuridad de la noche.

Tiempo después y ya repuesto de la chinga que recibió, Tacho volvió a las andadas. Cada día es más popular, su fama se extendió por todo Magdalena Contreras, en la mayoría de las fiestas que asiste es más aceptado que rechazado, por una simple razón: porque el que es Tacho dondequiera canta.



Novela

“Para el norteamericano común, lo que es raro no es bueno. Si las cañerías no son como en Chicago, todo es un desatino. ¡Cada vez que lo pienso! ¡Oh, Dios mío, cada vez que lo pienso! Y luego... la guerra. Usted oyó los discursos en el Congreso antes de que partiéramos. Si todo marchaba bien, esperaban establecer en Marte tres laboratorios de investigaciones atómicas y varios depósitos de bombas. Dicho de otro modo: Marte se acabó, todas estas maravillas desaparecerán. ¿Cómo reaccionaría usted si un marciano vomitase un licor rancio en el piso de la Casa Blanca?”

Crónicas Marcianas, Ray Bradbury

CRÓNICAS URBANAS

Leonel Robles

En un anochecer de dudosa calma, el hombre reposa a la puerta de su casa. Sostiene en sus manos un cigarrillo como aliado de esa hora. En su memoria persiste, sin saber por qué, un viejo recuerdo.

.....

Enmarcados en la ventana, unos ojos siguen el paso de la muchacha. El cielo se adormece en el quebradizo mediodía. Sólo los sueños se mantienen sin fisuras. Persiste, no obstante, el temor de que alguien lo estropee todo.

.....

Los ojos encierran un mar tormentoso, temen la desembocadura extrema en el frontal desafío de quien tiene en los rigores de la mirada la claridad. Arriba se balancean nubes de agua. Y, sin embargo, es el mismo sol quien las frecuenta.

.....

Bajo la sombra de la noche, una mujer se detiene. Es menor de edad. En sus ojos brillan algunas gotas de lejana tristeza. En la habitación a la que se dirige, un hombre juzga prudente cerrar la ventana.

Nadie sabe qué hay adentro. Muros sin ventanas. Una puerta herméticamente cerrada impide otra posibilidad. Se adivina una historia en la que un espíritu herido mantiene vigilancia permanente. Algún día, no obstante, la luz habrá de exigir su tributo.

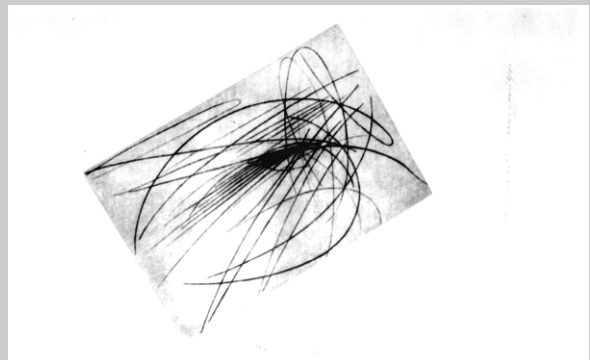
.....

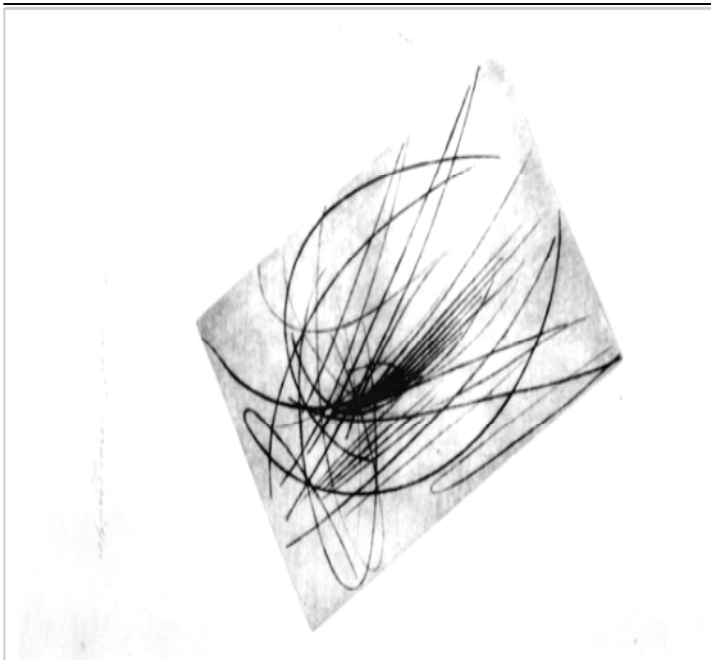
El silencio del niño después de una noche de tormenta. El caer de las hojas. La tierra, sedienta de humedad, en busca del último otoño. Nada queda detrás de los lugares comunes.

Frente a la puerta que se cierra , el cigarrillo de aquel hombre.

.....

Qué sensación extraña sentirse vivo. Nadie se mueve si no es por el temor a la muerte y por el asombro de la muchacha que ilumina su mirada ante el aparador donde reposa el vestido de quinceañera.





Al final, imágenes de la ciudad que no atreve un movimiento. La luz y sus inciertos follajes. El maullido fulminante del gato en la azotea.

.....

Sobre la pileta, el gato pastorea lo grávido de su paso. Enmaraña los ojos con vivísimos atisbos.

Es la hora en que la vida alcanza la circulación subterránea de las cosas, y los cuerpos se disponen a escribir su propia historia.

.....

Las miradas guardan el intercambio de sus instintos y las venas son el eco de su propio gemido.

Qué distinto es el silencio bajo la tutela de Dios, aun cuando la frontera del día nombre a las cosas por su verdadero nombre.

Los cuartos perdidos en el interior de los amantes guardan el único sentido en que se consumen.

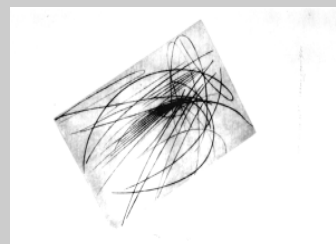
El gato acaricia el sueño de la noche: nada es real en esta ilusión momentánea.

.....

En el café donde espero, una pareja me mira con la tristeza con que puede mirar solo aquel que es capaz de entender un golpe de dados sin arriesgar el azar. El ruido de los automóviles pasa por entre las hojas de los árboles mientras las seis de la tarde estalla en un repentino cambio de grises. Hay una muchacha que me atiende, casi por obligación. Sus pechos, a punto del estallido, señalan una dirección de claras intenciones. De pronto, la puerta de cristal se abre discretamente y la pareja sonrío como una célula de breas argentinas.

.....

De pronto, tras una esquina, mientras la risa de los niños asedia el movimiento de los peatones, ridículo y triste, brilla un rayo de sol.

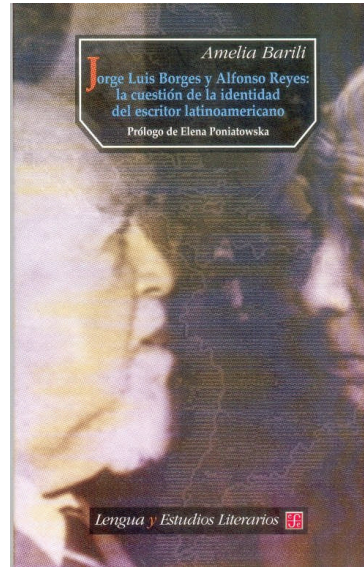


EL ESCRITOR

Javier Narváez Estrada

Mi papá entró como un tornado, esa tarde. Puso el periódico sobre uno de los sillones, y su gabardina encima de una silla. Mi mamá entró a la cocina para calentarle la comida. Engulló las tortas de carne en salsa verde, imagino que sin masticar. Mis hermanos y yo jugábamos en una de las recámaras, mi hermana era la maestra y nosotros dos sus atentos alumnos. Secándose las manos en el delantal, mi mamá dijo que debía acompañar a mi papá. Mientras ella buscaba el mejor de mis pantalones y una camisa limpia, yo revolvía mis cuentos para llevarme uno que me gustara. Hallé uno sobre Batman y Robín, cuando salía siempre cargaba con uno. Ya vestido, cepillé mis zapatos negros de la escuela. Abroché los botones de abrigo gris Oxford, que guardábamos para las grandes ocasiones. Mis hermanos miraban desconcertados. Intenté peinarme, apenas humedecí el cabello y ya debíamos salir. Mi papá del librero sacó un ejemplar que guardó en la gabardina. Bajamos corriendo la escalera del edificio. Olvidé a Batman y a Robín. En la calle él caminaba a pasos agigantados, yo corría. Me tomó de la mano para cruzar Niños Héroes y yo volaba como papalote. En la esquina con Niño Perdido, abordamos un autobús que esperaba el siga. Nos sentamos y luego me hiqué para mirar el paisaje. Pregunté adónde íbamos. A la casa de Alfonso Reyes. No averigüé más porque supuse que Alfonso Reyes era amigo de mi papá. Debía de comportarme: nada de correr directo al piano, mucho menos preguntar quién es la viejita que se duerme en el sillón, ni pedir una taza de chocolates con churros. Esas eran las reco-

mendaciones de mi madre pero como no estaba, yo me las hacía. El paisaje de la calle se componía de nubes que imitaban figuras, como aquella que tiene la forma del hocico de un lobo, ésta es un cocodrilo y la de más allá se parece a mí. Mi papá hacía anotaciones en una libreta, de vez en cuando cambiaba la vista para saber en dónde estábamos.



En las tardes cuando él llegaba a comer, nos acostábamos juntos en su cama para que me leyera alguna de mis tiras cómicas. Mis cuentos, como los llamaba. Cada personaje tenía su voz y cada momento su propio sonido. Era muy divertido como

si estuviéramos dentro de la historieta. En las noches leía libros sin dibujos y hacía anotaciones en un cuaderno. Sus escritos los publicaba en los periódicos. Bajamos en Benjamín Franklin. Advirtió que todos los señores que ahí estarían eran serios, no les gustaban las bromas, ni los chistes, ni las risas estruendosas. Lo que entendí fue que se comían a los niños sin guisar. Caminamos por la calle Tamaulipas, el estado donde nació mi papá. Locales en donde vendían tortas, puertas enormes para los edificios, zaguanes para las casas, ventanas por las que volaban las cortinas como fantasmas, un cine. En medio, un camellón. Justo al atravesar la calle nos encontramos a un señor muy alto, tanto que creí que era un gigante. Saludó con mucho gusto a mi papá. José Emilio, este niño es

mi hijo. “Mucho gusto”, dijo el gigante, me extendió su enorme mano e imaginé que la mía había desaparecido en esa enormidad. Pero para mi fortuna al abrir la suya ahí seguía la mía. Juntos llegamos a lo que supuse era la casa de Alfonso Reyes. Había muchos señores de traje conversando en la calle. En la puerta mi papá mostró una invitación con la que nos dejaron pasar. Ya tenía algo que contarles a mis amigos en la escuela. Todos conocían a mi papá y algunos me saludaban, otros ni siquiera me veían. Busqué la mano de mi papá no fuera a ser que me perdiera en la multitud. También había señoras, una de ellas Rosario y otra Luisa Josefina, pintaron en mi mejilla sus labios. Un señor delgado de cabellos rizados me pellizcó la mejilla. “Qué bonito niño” —dijo—. ¿De quién es nieto?”. De Eutimio iba a decir yo, cuando alguien me ganó: “es hijo de Jesús, Juan José”. Perdí la mano de mi papá para ganar una fría de largos dedos que se tomó de mi hombro. Voltee para saber quién era. Los ojos casi cerrados, o al menos me lo pareció, de un señor que miraba hacia ningún lugar. Usaba traje, corbata y un abrigo como el mío pero de color negro. La mano me apretó como diciendo que avanzáramos. Debo aclarar que yo poseía experiencia en esos menesteres. Cuando acompañaba a mi abuelo a trabajar yo era sus ojos. Me indicaba el color de las rayas del autobús que debíamos abordar, lo que había en la esquina en donde deberíamos bajar, cuándo darle los boletos al chofer para que esperara nuestro descenso por la puerta delantera, caminar hasta el lugar donde nos pagarían las cosas que vendía junto con mi tío. Algunos se acercaban a saludar al señor, le decían maestro y él volteaba hacia donde escuchaba la voz. Sonreía al aire. Sí, lo recuerdo, estuvi-

mos en Londres. Uno de los que le recogió la invitación a mi papá me hizo señas de que fuéramos hacía él. Quedamos frente a tantísima gente, que yo, por supuesto, no sabía quiénes eran. Aplaudieron y aplaudieron. El lugar era una biblioteca, libros por todas partes, en un primer piso, en el techo y mi papá me aseguró, una ocasión, que hasta en el baño. Apareció el presidente de la república y a mí se me desorbitaron los ojos. Trató de darle un abrazo al ciego, quedé en medio. Que si un premio merecido, que si su obra, que si lo otro y el más allá. Otros hablaron por el micrófono de tigres, espejos y laberintos. Le dieron un diploma y de nuevo muchos aplausos. Antes de irse el presidente, se abrazaron. “Es un buen chico”, le dijo el señor a mi papá, cuando me vino a rescatar. Mi papá se deshizo en halagos, es mi escritor favorito. Firmó el libro que mi papá llevaba y el señor le dio uno que sacó de una de las bolsas de su abrigo. Para Jesús y para Javier. El escritor, lo supe es ese instante, intentó darme un beso en la mejilla, pero me lo plantó en el cabello. Mientras la gente platicaba me quedé dormido en una silla. Al despertar estábamos en un restaurante con lo amigos de mi papá. Comían tacos. Tomé uno del plato de mi papá. Pedí un Orange que terminé de un trago. Ellos nos llevaron a la casa. Oye *pa*, pregunté en la casa, por qué Alfonso Reyes está ciego. Alfonso Reyes no está ciego, Alfonso Reyes está muerto.

PORQUE ES VIERNES

Ivonne González Nila

Es fin de semana y hay visitas esperadas en el lugar llamado “Lichas”. Los universitarios zara- gozanos expresan: “¡Vamos a Lichas!” El rumor se expande. El punto de encuentro es la explanada de la Facultad, en “Las mariposas”. Uno por uno llega al lugar citado. Poco a poco el grupo se acrecienta. La algarabía universitaria es notable y especial. Algunos salen de clases, otros, regresan de práctica. Ya todos reunidos se disponen a ir al lugar, salen de la Facultad, y se encuentran con un obstáculo: la base de taxis; un grupo de cinco universitarios se dirige a la salida, al caminar por entre los taxis, (los cuales maniobran sin precaución y se arrojan de reversa sin avisar) se divide rápidamente, pues sólo uno logra cruzar la calle. Tienen que caminar por el asfalto ya que la acera de la Facultad está invadida por puestos comerciales y, de este trágico modo, el único camino es pasar junto a los taxis. Los demás esperan a que circulen los autos, taxis y microbuses, hasta que un conductor educado les cede el paso.



Los universitarios, sanos y salvos, por fin entran a “la casa de doña Licha”. Aquí se presenta otro obstáculo, en la puerta les exigen la credencial de elector y revisan sus mochilas. Superados los obstáculos anteriores, ahora sí, buscan un lugar y comienzan a comprar alcohol, la mayoría opta por la cerveza. La lista de precios es lo primero que ven los universitarios, luego los refrigeradores para constatar que estén bien frías. También compran cigarros y botanas. Comienzan a beber, se desahogan de las clases y presiones académicas; un brindis a los libros, otro a las clases y uno más por el amigo que casi no va y, por qué no, también por el compañero que siempre va. La planta baja poco a poco se atiborra de universitarios, casi no se puede caminar por el pasillo, el cual es muy importante ya que se encuentra el wc tanto de damas como de caballeros. La planta alta se encuentra semivacía, los que van llegando se suben para esparcir su alma. A las seis de la tarde sube la Banda de Lichas y comienzan a tocar rock. Se entusiasman, en su mayoría, médicos, psicólogos, enfermeras y odontólogos, ya que llevan puesto el uniforme reglamentado y los delata. El pasillo de la planta alta se vuelve blanco por un instante pues un grupo de enfermeros busca algunos bancos para sentarse y disfrutar del momento. La Banda de rock toca sus canciones, los universitarios bailan, beben, entonan, conversan, ríen, fuman, se abrazan y se dan consuelo inmediato, al mismo tiempo que toman una dosis de emociones encontradas. Un grupo juega póker, una pareja pierde y se besan... ¿Novios? ¿Amigos? ¿Amantes? No se sabe, solamente disfrutaban su juego. Una estudiante de medicina baila con cerveza en mano. Doña Licha, la dueña del lugar, ordena que enciendan los ventiladores, hay humo excesivo

dentro del lugar. Los universitarios beben la cerveza como si fuera refresco, se divierten y se olvidan un poco de la rutina diaria. Es viernes, todo está permitido. Encienden muchos, muchos cigarrillos; el encendedor, o “encenderillo” como le dicen, va de mano en mano y al poco rato se pierde. —¡Guapo, tu encendedor!—, se escucha a una estudiante de odontología. Demasiadas cervezas, demasiados universitarios, demasiada libertad. Los empleados del lugar supervisan a cada grupo que toma sin cesar, recogen los envases vacíos y se los llevan. La banda sigue tocando. Al parecer todos se la están pasando bien, ¿pero, en verdad están bien? De repente se escucha un ruido espantoso: un envase de cerveza ha caído desde casi un metro de altura, por suerte nadie sale lastimado. Las cervezas empiezan a ser ignoradas por los universitarios que, buscando un consuelo emocional, se abrazan unos a otros. Otros, en cambio, beben las cervezas que se entibian solitarias encima de los bancos. —¡Salud!—, grita el vocalista de la Banda. Más tandas de cervezas frías sobre los bancos. Todos brindan al unísono. ¡Salud!, es lo que se escucha. Otro grupo de universitarios juega con un cigarrillo prendido, la regla es fácil: al que se le caiga la ceniza pierde y le toma un buen trago a la cerveza. Hay intercambio de ideas, de números de teléfono y de saliva. Alguien reorganiza el juego y grita: ¡Doble! Todos miran con desconcierto, entonces la ceniza cae encima del pantalón blanco del estudiante y pierde sin remedio. ¡Fondo! ¡Fondo! Se crea un ambiente estudiantil divertido y emocionante. Cantan muchos, ríen demasiados y beben numerosos estudiantes. Hay música, ambiente, alcohol, compañerismo...otro cigarrillo es



prendido y una flama más se extingue en el interior. Brindan. La estudiante de medicina ya no baila con cerveza en mano, ahora sus manos están ocupadas en apartar los lugares de sus amigos. El lugar está lleno de gente, ya no se puede dar ni un paso más, está a reventar. Todos suben, la banda y el ambiente se encuentran en un solo lugar. Nada impide que se diviertan. Son las ocho de la noche y hay receso de la banda. La mayoría aprovecha para hacer una escala fisiológica al wc, los demás platican y hacen nuevas amistades (cinco, seis, siete, no se sabe, son muchos). La mayoría de universitarios comienza a dejar el lugar pasadas las nueve de la noche; unos porque no aguantan seguir tomando y otros porque tienen que llegar a casa. A las once de la noche se cierra el lugar y ya no hay rastro de los universitarios, los cuales están reponiéndose en casa para poder aguantar la dura semana que les espera en la Facultad.

SALOMÉ. CRÓNICA DEL DESEO

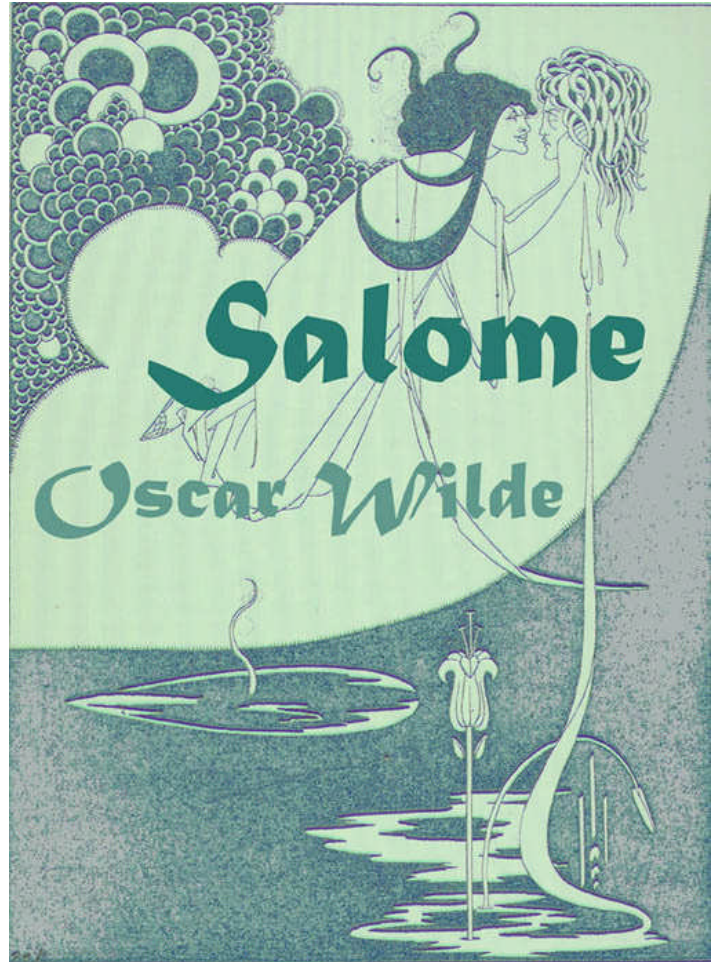
Javier Robles

El día 11 de octubre del 2008 a las nueve de la mañana leí un *poster* que anunciaba la puesta en escena de *Salomé* por la compañía polaca Doomsday dirigidos por Michael Vogel, el cual, por lo escrito en el anuncio, basó su trabajo en el texto dramático de Óscar Wilde, la imagen del anuncio era la cara de una mujer con los labios entre abiertos, de color rojo y los ojos cerrados con unas pestañas muy largas, en conjunto la imagen intentaba ser el perfil de la seducción. Esto despertó mi interés porque no conocía ni a la compañía Doomsday ni el texto de *Salomé* escrito por Wilde.

Después de leer el texto de *Salomé* confirmé mi deseo de presenciar el trabajo de la compañía Doomsday. Ese día me apuré a terminar mis labores para evitar llegar tarde al Centro Cultural Universitario en la sala Juan Ruiz de Alarcón, lamentablemente, a pesar de haber llegado veinte minutos antes de que se permitiera el acceso a la sala, ya se habían agotado todos los boletos y cortesías, lo único que acerté hacer fue esperar en la fila a que me dejarán pasar sin boleto.

La fila era enorme, los asistentes se encontraban nerviosos y excitadísimos, pues todos venían en grupos y no todos sus compañeros habían podido comprar boletos, sorprendentemente, a pesar de las circunstancias, no había ningún revendedor o algún buen samaritano que estuviera dispuesto a renunciar a sus boletos. En ese momento lo único que hubiera deseado era que la taquilla se convirtiera en el canasto de Jesús, en

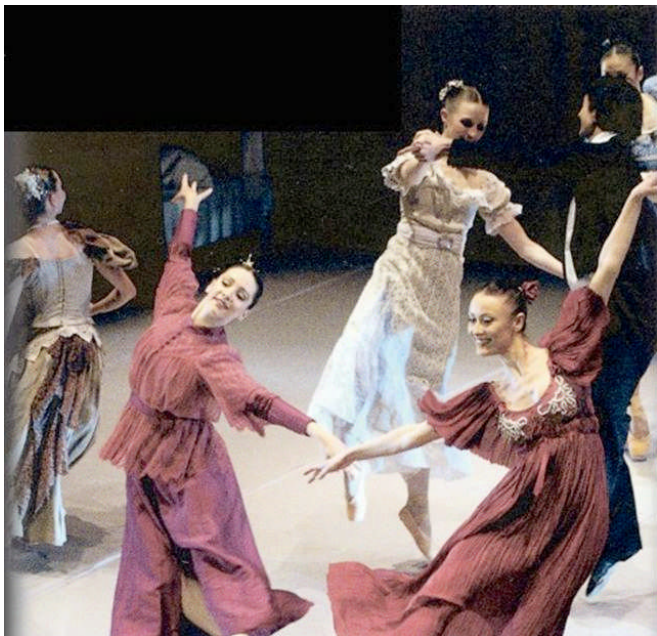
el milagro de la multiplicación del pan. No sucedió dicho milagro pero sí nos dejaron entrar a todos, con o sin boletos, justo a tiempo para evitar la lluvia que empezaba a mojarnos.



El escenario se encontraba descubierto por el telón, los actores caminaban libremente por el escenario ignorando completamente la entrada del público a la sala. Al contrario de lo que imaginaba, los actores no estaban vestidos como antiguos romanos. El escenario era por de más minimalista pero ampliamente cargado de significados referentes al texto dramático de Óscar Wilde. Por ejemplo, en el lado superior derecho del escenario estaba un aro cubierto por un plástico delgado y transparente, en el cual proyectaban una luz plateada que conforme lo requería la obra se tornaba rojo,

rápidamente identifiqué el objeto como la luna que desciende en busca de un amante, según la obra escrita.

La anécdota de la obra es proyectada a través de luces, actores y títeres erotizados por sombras y acentos orgiásticos, reflejo de las palabras escritas por Wilde e interpretadas por la compañía Doomsday: los personajes de Salomé, con sus fugas repetitivas parecen estar en un plano onírico masturbatorio, éste es el efecto que logra dicha compañía rompiendo los límites del lenguaje de modo que se entiende perfectamente la sucesión de hechos a pesar de que la obra está hablada en inglés, francés y alemán. Pero, sobre todo, se entiende y se siente a la perfección la embriaguez del deseo arraigada en los personajes, pues cada uno desea con diferente intensidad tal y como se puede leer en el texto dramático.



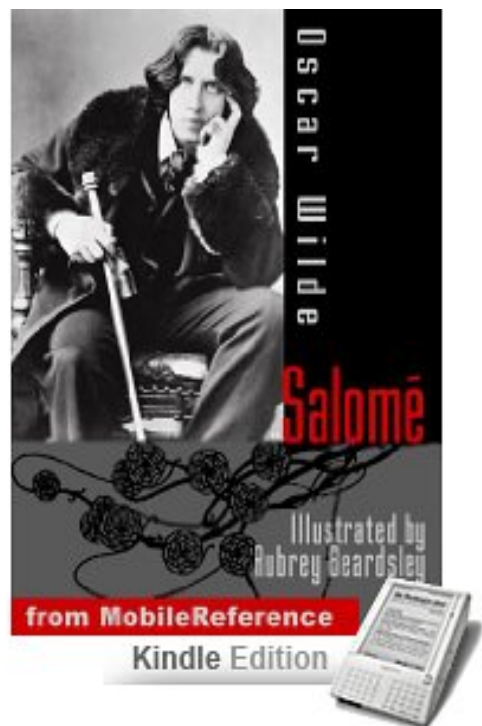
Escena de Salomé de Wilde

Tanto en el trabajo de Óscar Wilde como en de Michael la obra se enfoca en el erotismo del deseo, por lo tanto cada personaje parece ajeno a los demás, no perciben ni se escuchan entre ellos, sólo se desean. Herodias a Herodes,

Herodes a Salomé, al igual que Sirio, Salomé a Arkanan, yo me atrevería a decir que secretamente también hay un deseo erótico de Arkanan a Jesús.

Al terminar la función no pude evitar sentir una ansiedad de insatisfacción, no por la excelentísima actuación, sino por la frustración vacía de un orgasmo mal logrado y sufrido por el personaje principal, y es este detalle el que culmina con la tragedia de aquella (Salomé) que en esencia nunca tuvo lo que realmente quiso.

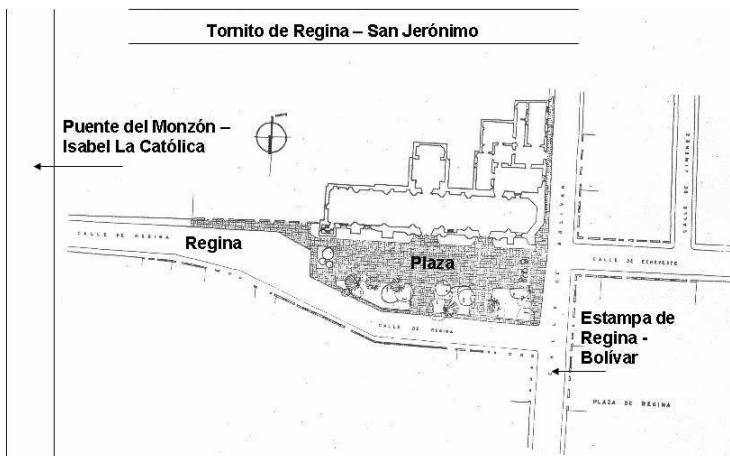
Con estas reflexiones regresé a mi casa considerando el trabajo de Michael una verdadera obra de arte, pues imita. Al igual que Oscar Wilde, toma una historia antigua nada original, pero bajo un nuevo enfoque, lo cual la hace original y nos enseña que el erotismo y el deseo pueden ser sentimientos nada egoístas pero sí dolorosos, por lo tanto la Salomé bíblica deja de ser egoísta, porque no desea la cabeza de Juan Bautista nada más por capricho sino porque es una necesidad, un deseo amoroso. Al fin y al cabo todo deseo es metáfora de posesión.



UNA MIRADA A LA HISTORIA DE REGINA COELI

Elsa Laura Ogaz Sánchez

Regina Coeli en latín significa Reina del Cielo. Ataviada con su cetro y corona es una plegaria dedicada a la Virgen María. Su nombre proviene de las dos primeras palabras de la oración, que significan "Reina del Cielo", título con el que la Virgen es comúnmente invocada y que se reza en lugar del *Ángelus* durante el tiempo de Pascua¹. En el Centro Histórico de nuestra gran ciudad, se levanta un imponente edificio que fungió como convento de monjas en la época colonial y que haría honor a esta significativa Emperatriz del reino celestial. En la actualidad la iglesia de lo que fue el convento de la Natividad de Nuestra Señora y Regina Coeli está bajo la jurisdicción de la delegación Cuauhtémoc y se ubica sobre el ángulo que forman las actuales calles de Bolívar y Regina



La primera orden femenina que llega a la Nueva España, es la de las monjas concepcionistas en el año de 1530². Bajo el esquema docente del primer arzobispo de la Nueva España, Juan de Zumárraga, las jóvenes serían llamadas a escuelas o internados, donde no sólo recibirían la enseñanza de las letras y artes, sino la educación cristiana y donde precisamente serían las monjas, las encargadas de formar a la mujer mexicana,

las encargadas de formar a la mujer mexicana. Por lo cual se funda el primer convento femenino de la Nueva España, el convento de la Concepción (1540). Debido al éxito y la importancia que cobra la empresa del arzobispo y la necesidad de expandirla, nace la idea de fundar el segundo convento de monjas en la Nueva España: Regina Coeli. De este modo, después de 30 años de vida del convento de la Concepción, salen el 28 de octubre de 1573, 10 monjas que lo fundarían, bajo la autorización del deán y cabildo de la iglesia el excelentísimo Sr. don Pedro Moya de Contreras. Diversas opiniones se han emitido acerca del año en que convento e iglesia fueron erigidos, siendo la más generalizada, para el primero, el año de 1553 y para la iglesia definitiva 1731.

Por lo que la construcción del ahora llamado templo de Regina Coeli, se remonta a la época virreinal donde la edificación de este conjunto arquitectónico se inició en el siglo XVI. El cual abarcó una amplia extensión de terreno, de acuerdo con los documentos notariales y fue donado expresamente para la construcción de la obra. Al parecer, una vez terminado el edificio llegó a ocupar alrededor de dos manzanas; contaba entonces con todos los elementos característicos de este tipo de edificaciones.³ Al pie de la

¹ El *Ángelus* es la devoción de origen franciscano que se resume en la "Oración en honor del misterio de la Encarnación". En tiempos de Pascua en su lugar se dice el de Regina Coeli, la oración por la "Resurrección de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo".

² Muriel, Josefina, *Conventos de Monjas en la Nueva España*, México, Ed. Santiago, 1946, p. 158.

torre se conserva escrita en azulejos la siguiente inscripción: “Jueves 28 de octubre de 1773 se hizo en esta iglesia una solemne función en celebridad de cumplir 200 años de fundado este monasterio: pues el año de 1573 vinieron a fundarlo las Señoras Religiosas del Real Convento de la Inmaculada Concepción de esta Corte”.



De esta forma, el convento empezó a funcionar recibiendo novicias y dando profesiones sin tener la autorización papal, que llegaría en 1578 bajo la aprobación del Papa Gregorio XIII. Sin embargo, la iglesia tal y como ahora la conocemos no siempre fue así. Bajo el patronazgo de Don Melchor de Terreros se edificó la primera iglesia, que fue abierta al culto el 19 de marzo de 1656 y re-

construida en la primera mitad del siglo XVIII, con la ayuda del arzobispo fray José Lanciego y Eguilaz, reestrenada el 13 de septiembre de 1731. Por esas mismas fechas, don Buenaventura Medina Picazo mandó hacer la capilla que lleva su nombre, dedicada a la Inmaculada Concepción, anexa al templo. Es una pena que actualmente esta capilla esté cerrada al público, pues como comenta José Cenobio, cura párroco del templo de Regina Coeli, ésta ha sufrido el robo, en dos ocasiones, de dos pinturas de caballete que formaban parte de la predela del retablo lateral derecho, conocido como “Retablo del Calvario” y que narraban episodios de este acontecimiento. Por su parte, la restauradora Magdalena Morales Rojas, directora de Educación Social para la Conservación de la Coordinación Nacional de Conservación del Patrimonio Cultural del INAH, comenta que aproximadamente en los años 90’s, una de estas pinturas fue encontrada en el Bazar del ángel, en la Zona Rosa.

Ahora bien, el edificio como tal, ha sufrido varias restauraciones e incluso el uso actual ha variado. En un principio sólo el culto público privaba, ahora funciona además como asilo y pertenece al clero secular. Una de las restauraciones documentadas más importantes es la que realizó el arquitecto Cristóbal de Medina Vargas junto con Luis Gómez de Trasmonte, quienes tras hacer el reconocimiento del conjunto arquitectónico en 1679, decidieron que en los patios del claustro era necesario destapar y desensolvar las atarjeas hasta la acequia y volver a taparlas para que las paredes no se humedecieran. Por otro lado, el arquitecto substituyó la techumbre de madera en forma de tijera que tenía la iglesia, así como los pilares de fierro que fueron usados como ele-

³ Uno de los espacios arquitectónicos más característicos de la Nueva España fueron las Iglesias de los conventos de monjas, los cuales, poseen tres elementos distintivos: los coros alto y bajo, una nave única y dos portadas gemelas abiertas sobre uno de sus costados, que sirven de ingreso al templo. Actualmente, una de las puertas está clausurada, pues desde el interior, está tapiada por el retablo de la Virgen de la Fuente.

mentos constructivos para reforzar los edificios por bóvedas.⁴



Según Concepción Amerlinck estas obras terminaron en 1730 y se añadieron contrafuertes además de los que ya existían para reforzar el edificio de la iglesia. Se fabricó también la portada mayor, la cúpula y la construcción de la segunda torre así como la ampliación del coro. En 1746 se construye un anexo junto a la portería del monasterio y para 1862 el edificio estaba muy descuidado, por lo que años más tarde, en 1908, se interviene enfatizando el trabajo en el amarre de las bóvedas, limpieza y

aseo general del templo. Veintiún años después, en 1929, el edificio es intervenido nuevamente, esta vez se arreglan de manera especial las cuarteaduras en las bóvedas y además se coloca la imagen pétrea de la Purísima Concepción que se encontró en un patio interior, sobre el nicho exterior correspondiente al presbiterio⁵. Es importante mencionar que el Departamento del Distrito Federal lo escogió en 1967 para emprender uno de los primeros programas de restauración urbana. Se repararon o repusieron todos los elementos dañados en las fachadas del templo, del hospital Beistegui (hoy asilo de la Fundación para Ancianos Concepción Beistegui) y de las casas coloniales del siglo XIX que rodean la plaza⁶. Finalmente en 1973 a cargo del Departamento del Patrimonio Cultural del D.F. se realiza una impermeabilización y limpieza general del templo.

Cabe recordar que con las Leyes de Reforma expedidas por Benito Juárez, el inmueble pasó a manos del Estado. En 1863 la Sección de Desamortización del entonces Ministerio de Hacienda lo vendió en ocho mil pesos al particular Florencio Velasco del Castillo. Sin embargo esta operación fue anulada 43 años más tarde por el Poder Judicial. Incluso, en 1908 la Secretaría de Gobernación instaló un reloj público en su fachada, tal vez para otorgarle el carácter de edificio civil y estatal que ahora ostentaba. Todo ello generó un desorden jurídico en el que no se sabía quién era el responsable de cuidar el templo. Esta situación provocó que en 1929 se aprovecharan ciertos espacios para criar aves de corral y



⁴ Fernández, Martha, *Cristóbal de Medina Vargas y la arquitectura salomónica en la Nueva España durante el siglo XVII*, UNAM, I.I.E, México, 2002, p.p 222 -225. Archivo de Notarías (José de Anaya: 15 de febrero de 1679, fol. 36 r. – 37 v.).

⁵ Amerlinck de Corsi, María Concepción, y Ramos Medina, Manuel, *Conventos de monjas: fundaciones en el México Virreinal*, Grupo Condumex, México, 1995, p. 52.

⁶ Secretaría de Turismo del Gobierno capitalino. Página de internet: http://www.mexicocity.gob.mx/detalle.php?id_pat=4039. Página consultada el 10 de abril del 2008.



marranos, no se tiene certeza de quiénes ocupaban este lugar, pero sin duda, esta edificación tuvo que responder a los nuevos roles que la situación política y social del país dictaba para ellos, de acuerdo al momento histórico que se estaba gestando. Aunado a esto, el V Batallón del Estado Mayor Presidencial encontró en el lugar una considerable cantidad de pertrechos de guerra. Más adelante, en 1931 fue declarado Monumento Artístico y en 1982 fue declarado Monumento Histórico de la Nación⁷.

Frente a la fachada principal de la iglesia de Regina Coeli, se observa una pequeña plazuela que según Josefina Muriel, ya en el siglo XVII se conocía con el nombre de “plaza chiquita de Regina”. Al norte queda delimitada por la Plazuela, al oeste por la calle Estampa de Regina (hoy Bolívar), al este por Puente de Monzón (hoy Isabel la Católica) y al sur por Tornito de Regina (hoy San Jerónimo)⁸. A pesar de la radical transformación que sufrió la ciudad, esta zona, al abrirse San Juan de Letrán y José María Izazaga, no llegó a perder sustancialmente su fisonomía y su escala originales. Por esa razón, como vimos, el departamento del Distrito Federal emprendió uno de los primeros programas de restauración urbana. Hasta el día de hoy, esta zona y edificio siguen siendo del interés público, pues la Fundación del Centro Histórico de la Ciudad de México dentro de sus programas de recuperación y conservación del mismo, presentó durante los años de 2001 a 2005, un programa cultural para impulsar el proyecto del Corredor Cultural del Centro Histórico, establecido en el área que comprenden las avenidas Izazaga, Eje Central y las calles de 5 de Febrero y Mesones, enlazadas por las plazas correspondientes a los edificios de Vizcaínas, Regina Coeli y San Jerónimo. Gracias a esta iniciativa se renovó la población de la zona sur–poniente del Centro Histórico con jóvenes y adultos dedicados en su mayoría a las artes visuales, plásticas y escénicas, a la música y a otras áreas profesionales del mundo del arte.

En diciembre del 2007, el Planeta azul, periodismo ambiental, explica que dentro del proyecto y trabajos para convertir la calle Regina en un corredor peatonal y cultural, las autoridades del Distrito Federal buscaron integrar las viejas casas y los comercios tradicionales de la zona como parte del atractivo del paseo. El arquitecto Alejandro Martínez Martínez, director de la Coordinación Urbana de la Secretaría de Obras, señaló: “esta calle brinda mixtura, porque hay desde la vecindad hasta un taller o un hotel, en la misma cuadra; esto representa la vida urbana de este sitio”. Y agrega: “lo que queremos generar son condiciones del espacio público aptas para que estas actividades se sigan potencializando y se reactive económicamente la zona. Será un espacio público apto para que se pueda dar la diversidad de acciones, será un espacio multifuncional, en donde al mismo tiempo pueda disfrutarlo un adulto mayor en una banca, en donde los jóvenes puedan caminar, en donde se pueda leer un libro o se pueda sentar a

⁷ Centro Histórico, Ciudad de México. Página de internet: <http://www.indaaabin.gob.mx/dgpiif%5Chistoricos/regina.htm>. Página consultada el 10 de abril del 2008.

⁸ Ver Figura 1. Véase: Rosell E., Lauro, Iglesias y Conventos Coloniales de la Ciudad de México, México, Ed. Patria, 1946, p. 245.

tomar un café”⁹. El corredor, el cual se encuentra ya en obras desde septiembre pasado y se realiza en tres etapas, deberá estar terminado en su totalidad en junio del 2008. Se tiene contemplado que este corredor cultural, vincule edificios, tenga un mobiliario urbano contemporáneo, infraestructura (restauración del adoquín, ampliación de banquetas, sustitución de cableado eléctrico y telefónico, drenaje, reparación de jardineras, iluminación y otros servicios para la recuperación de espacios e imagen urbana) y la seguridad de la plaza de Regina que de manera especial tendrá una fuente y un espejo de agua. De acuerdo con un estudio sobre el espacio público en el Centro Histórico de la Ciudad de México, la mayor parte de la población no se identifica con las plazas y no reconoce esos espacios como lugares de descanso o encuentro, tomando esto en consideración creo que esta importante iniciativa es relevante en cuanto como ciudadanos podamos transitar por dichos espacios y hacerlos nuestros. A través de la mirada contemporánea, donde prolifera una enorme gama de formas de ser, religiones e ideas, la creación de nuevas zonas que nos vinculen con otras esferas arquitectónicas, nos brindará la posibilidad de acceder a este tipo de espacios considerados, hasta ahora, con un solo referente católico, para redescubrirlos y descubrirnos en ellos, para darnos cuenta que estos ambientes no sólo cumplen un fin religioso sino también son parte de una rica y compleja estética social.

Posiblemente esto contribuya además a que el edificio de Regina Coeli, verdadera joya arquitectónica, sea visitado y valorado como un monumento histórico, cuyo interior fue motivo de expresión artística y donde su enorme acervo es una verdadera maravilla y testigo mudo de la historia y de la historia del arte a lo largo del tiempo. Asimismo, seguramente ayudará a que estas edificaciones no estén vacías, pues como refiere el padre Cenobio, asiste muy poca gente a la hora del culto, entre otras razones por la soledad que inspira una plaza prácticamente abandonada y con claros índices de robo a transeúntes. No obstante, creo que la vida que generarán los personajes anónimos que día a día transiten por esta plaza y se queden a disfrutar de ella, será la llave para entrar en ese otro espacio diferente que pervive en el mismo entorno. De esta manera, debemos fijar la atención en que el problema del saqueo y el desconocimiento de nuestros bienes muebles e inmuebles tanto históricos como artísticos, genera que proliferen el tráfico ilícito de piezas y que el descuido de nuestros bienes culturales, se traduzca en una pobre memoria de nuestra historia y de la imposibilidad, en muchos casos, de dotar de nueva vida a nuestros recintos.

Invito a conocer, disfrutar de su arquitectura, su riqueza interior y sobretodo a mirar con otros ojos el templo de Regina Coeli, éste puede ser visitado todos los días, la forma más fácil de llegar es por el Sistema Colectivo Metro. Las estaciones más cercanas son Pino Suárez y/o Isabel la Católica. Se celebran misas fijas todos los días a las 8:00 hrs. y en la tarde a las 18:00 hrs. siempre y cuando se tenga una intención. Los sábados se oficia el sacrificio de la misa a las 18:00 hrs. con esta misma referencia y los domingos hay tres horarios, 8:00 hrs, 13:00 y 18:00 hrs. Los horarios de oficina son de 9:00 hrs a

⁹ Planeta azul.(periodismo ambiental) Aprovechan diversidad en el corredor de Regina. <http://www.planetaazul.com.mx/www/2007/12/31/aprovechan-diversidad-en-corredor-regina/> México, D.F., 31 de diciembre de 2007. Página consultada el 10 de abril del 2008.

14:00 hrs. y por la tarde de 15:00 a 17:00 hrs.

Bibliografía:

- Muriel, Josefina, *Conventos de Monjas en la Nueva España*, México, Ed. Santiago, 1946.
- Fernández, Martha, *Cristóbal de Medina Vargas y la arquitectura salomónica en la Nueva España durante el siglo XVII*, México, UNAM, I.I.E, 2002.
- Amerlinck de Corsi, María Concepción y Manuel, Ramos Medina, *Conventos de monjas: fundaciones en el México Virreinal*, México, Grupo Condumex, 1995.
- Manrique Tamayo, Silvia Noemí, Proyecto de restauración para los retablos de La Concepción, Del Nacimiento y Del Calvario de la Capilla de los Medina Picazo, Iglesia de Regina Coeli, Escuela Nacional de Conservación, Restauración y Museografía “Manuel del Castillo Negrete”, INAH, México, 1999.
- Rosell E., Lauro, *Iglesias y Conventos Coloniales de la Ciudad de México*, México, Ed. Patria, 1946.
- Arriaga Valero Ema, Alma Vargas y Luz M. Villalón, *Tres Iglesias de monjas concepcionistas de la Nueva España*, Universidad Iberoamericana, Tesis de licenciatura en Historia del Arte, 1978.
- Secretaría de Turismo del Gobierno capitalino. Página de internet: <http://www.mexicocity.gob.mx>
Centro Histórico, Ciudad de México. Página de internet: <http://www.indaabin.gob.mx>

Planeta azul.(periodismo ambiental) Aprovechan diversidad en el corredor de Regina. <http://www.planetaazul.com.mx/www/2007/12/31/aprovechan-diversidad-en-corredor-regina/> México, D.F., 31 de diciembre de 2007.

E.L.O.S. (Elsa Laura Ogaz Sánchez).

Las Vírgenes Terrestres

Enriqueta Ochoa (1928-2008)

para Marianne, mi hija

En vano envejecerás doblado en los archivos:

no encontrarás mi nombre.

En vano medirás los surcos sementados

queriendo hallar mis propiedades.

No tengo posesiones.

En cambio,

es mío el sueño de los valles arrobados

y mío el subterráneo rumor de la semilla.

Si me extraviara a tientas en la oscuridad,

¿cómo podrían llamarme y entenderles?

Llámenme con el nombre

del único incoloro vestido que he llevado:

el de virgen terrestre.

EL PAYASO CALLEJERO: IMAGEN Y FUNCIÓN ESTÉTICA EN EL ARTE CONTEMPORÁNEO

Ana Luisa Vélez Monroy

En la búsqueda del payaso por las calles de la ciudad de México, aquel que se ubica en los semáforos de los cruceros a realizar una serie de acrobacias en el aire, o es contorsionista, o tragafuegos, es el objeto de estudio de la investigación. Personaje que se instala en sitios transitados para ser captado por todos, y a la vez por nadie, su simple presencia, produce risa, alegría, tristeza, terror o animadversión; sea cual sea la sensación que despierta en el espectador el *show* callejero.

Durante la observación se encontró con una serie de mezclas y tendencias sobre la imagen de este personaje. No sólo se visualizó al típico payaso conocido en todas partes del mundo, si no una nueva imagen estética que caracteriza y representa los momentos de cambio, libertad, “democracia” y arte de vanguardia estableciendo innovadores cánones en el arte y el artista de género cómico. Donde el objetivo es revalorar la imagen del artista de la calle a través de la presencia del payaso.

Estas manifestaciones artísticas que el género cómico-gestual ha generado a través del payaso, son resultado de un fenómeno social y cultural que se vive actualmente en el arte en respuesta a los cambios sociales que han penetrado en el campo de las artes. El tema es muy complejo, no importa desde cuántas perspectivas se le quiera abordar, explicar su concepto estético-social y en una cultura de lo escénico, es uno de los propósitos del estudio.

Pero ¿por qué estudiar al payaso? Es un personaje que forma parte del género teatral y que pide con urgencia que se le estudie más profundamente en su sentido estético, que no ha sido valorado. Es así como el payaso, después de mucho tiempo de trabajar en el circo sale a la calle¹ para actuar y mostrar su arte y habilidades histriónicas a un público en general que presenta espectadores de gusto heterogéneo. Pero ¿qué significado tiene ser payaso? Es un ser que nos introduce al mundo de la percepción, de las sensaciones y de la libertad a través de números oníricos. Y para qué sirve el payaso? Su importancia radica en que ameniza el espacio urbano, dándole un giro de emoción e innovación a sitios de mayor afluencia a través de su proyección escénica, que conjuga con elementos de acrobacia y pantomima que muestran las torpezas, flaquezas y el ridículo inherentes al hombre.

El payaso urbano es un fenómeno político-estético de gran importancia en nuestra sociedad actual. Es un personaje cotidiano que hace uso de las calles para sobrevivir. Y que parte de un sin fin de imágenes para establecer códigos estéticos² que representan el arte visual ante el espectador.

Si la calle indiferenciada es, como dijimos, lugar del pueblo y espacio de sus apariciones, el artista callejero, el más desamparado de todos, ha de ser, por inferencia, artista popular.

El espacio ciudadano forma parte de su escenografía y ambientación que conjuga los elementos necesarios que requieren sus números cómicos.

La calle ha sido, hasta hace muy poco, espacio indiferenciado y múltiple; en la calle no sólo se transita sino se come, se compra y vende, se pasa el rato a manera de club social, se galantea y liga, se canta y se hacen. Entonces, ¿por qué el payaso no va a formar parte de tal riqueza vivencial? circos y juglarías diversas. Hiriart, Hugo. *Artistas callejeros(1)*. En la Jornada Semanal. Configuraciones, 18 de junio del 2000. p.22.

Con el concepto de códigos estéticos me refiero al sistema de signos convencionales que maneja el artista como: el lenguaje corporal, gestual y oral para emitir un mensaje.

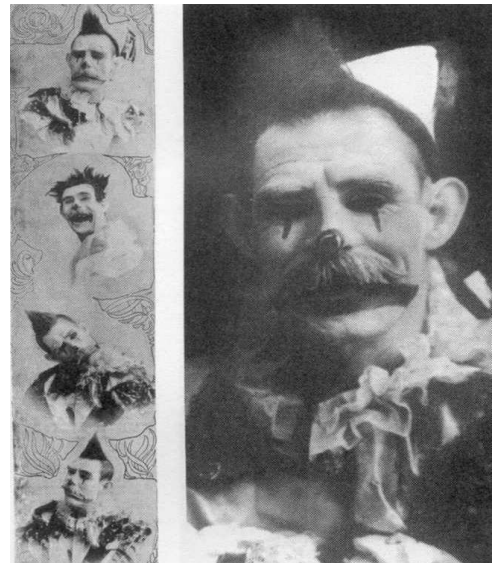
Existen, tres “tipos” de payasos: el circense, el de la calle que, en grupo, busca espacios para sus presentaciones, y aquel de escasísimos recursos, que es payaso porque tiene que sobrevivir. Esto nos permite recordar al teatro de calle que se realizaba en la Italia del siglo XVI con los personajes de la Comedia del arte. Y al artista de finales del siglo XIX en México que hacía uso de las calles para sus presentaciones y que anunciaba las funciones del circo que se iba a presentar.

El acontecer mexicano en el siglo XX se caracterizó por una serie de manifestaciones artísticas relacionadas con el payaso, personaje que ha sufrido alteraciones a lo largo del tiempo como uno de los íconos fundamentales del circo. Es durante este siglo que el arte va a retomar la figura del payaso para representarla en sus distintos campos, como el caso de la pintura, los grabados, la música, el teatro y la ópera principalmente. Así como en la fotografía que desde 1930 ofrece imágenes de payasos, donde se aprecia al artista de calle.

Para finales del siglo XX y principios del XXI, el payaso callejero es signo de pobreza y discriminación. Está desprestigiado debido a causas sociales, políticas y económicas. Es un personaje que sobrevive gracias a su trabajo en la calle. Proviene de sectores sociales de extrema pobreza. Es necesario resaltar que forma parte de una sociedad urbana y que por lo tanto es un personaje estético que requiere de mayor atención por parte del público y en su caso de los estudiosos de las artes escénicas. Artista que ocupa calles, plazas públicas, parques y cruceros viales para el entretenimiento de los transeúntes. Así se gana su vida, construyendo con actuaciones un espacio que

institucionalmente, o no le gustaría o le sería difícilísimo alcanzar.

Es necesario destacar la presencia del primer payaso mexicano en la persona de Ricardo Bell “cuyo origen británico importó a México la imagen del clown inglés, conoció la esencia del pueblo mexicano mejor que muchos sociólogos y políticos. Hombre de gran preparación, filósofo y psicólogo, llegó a cobrar una popularidad tremenda a finales del siglo XIX y principios del XX. Una sola mueca, o una sola postura hacía que el pueblo mexicano estallara de risa”.



Ricardo Bell. Diversas caracterizaciones.

La influencia europea en los primeros payasos mexicanos, fue muy clara, adoptando elementos de la imagen de Chaplin. Donde la forma de vestir, teniendo como ejemplo el payaso Tramp, era la herencia del cómico que pertenecía a una clase social baja, en busca de trabajo y de nuevas formas de vida. Retrato fundamental del individuo norteamericano de la calle y que surge en los años treinta durante la depresión estadounidense, y que es una muestra de la influencia de elementos que algunos payasos mexicanos adquirieron a través del tiempo. Siendo un personaje determi-

nante para explicar el fenómeno del payaso callejero.

En la actualidad el payaso rebasa el concepto que se venía manejando desde el siglo pasado. Ahora es un personaje que no nada más es apariencia, que definitivamente cuenta mucho para la construcción del mismo, pero lo importante es la destreza de sus movimientos, en un proceso de auto reconocimiento y valoración.

Este personaje que ahora se le denomina *clown*, es una imagen más completa ante los ojos del espectador y del arte, ya que en sus números intervienen temas de interés humano, psicológicos, poéticos, sociales, que hacen de su estructura un vaivén de imágenes que invitan a reconocernos a nosotros mismos en algunas de las variadas escenas, a través de las diferentes formas gestuales del artista.

Por lo que, el payaso es un elemento estético que se compone de una multiplicidad de imágenes que remiten a cuestiones metafóricas y poéticas que nos introducen al alma de un niño. En él vemos reflejados movimientos que quisiéramos hacer, pero que a veces debido a las normas de conducta sociales, nos abstenemos, debido a esa gracia y comportamiento que el payaso tiene y que rompe con normas sociales aceptadas. El *clown* es un concepto artístico con elementos estéticos y sociales que el intérprete presenta a través de sus distintos tópicos multidisciplinarios.

Así, Jodorowski concibe al payaso como un ser imaginario en un universo onírico que se presenta en un circo, para él, es como un sueño, penetrar en ese mundo fantástico y poético lleno de una multiplicidad de imágenes que se comple-

mentan con vestuarios y luces que se caracterizan por conmover la imaginación del espectador. Asimismo lo describe como un ser que anda de un lugar a otro con esa libertad de aventurarse, conocer y ser conocido a través de sus presentaciones, por ello dice que no tiene patria, que en todas partes puede estar, ser recibido y adaptarse a las condiciones. Es un ser libre que va y viene y que se deja llevar por su sensibilidad y quehacer histórico-artístico, dentro de una atmósfera mágica.

Y así es el *clown*; se basa en el arte de la comunicación corporal, no emplea texto, lo único a lo que recurre es a las experiencias y vivencias que le ha dado la vida a través de su naturaleza.

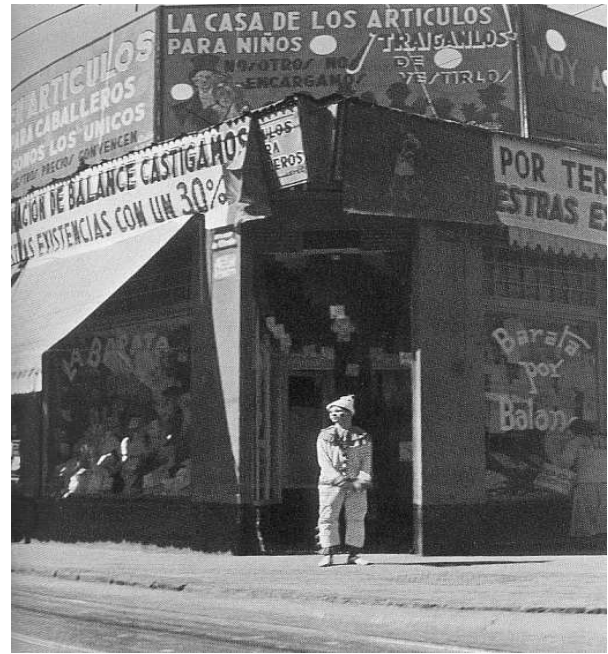
Sus presentaciones son efímeras, que tal vez sean irrepetibles en cada número, donde hace uso de la improvisación y de la situación en que se encuentre de acuerdo al público y al contexto, interviene mucho su estado de ánimo. Por ello el *clown* se identifica a partir de la comunicación física y psicológica. Al igual que el performancero se desenvuelve en un espacio que va configurando su universo de significación, sugerencia, sorpresa, entre la idea preconcebida y el azar. Su velocidad de ejecución, lenta o rápida, y su logro artístico podrán equivaler a los de una pintura, pero generarán sensaciones, ideas y sentimientos diferentes a los de la contemplación pictórica o, incluso, escultórica o gráfica.

El payaso es un icono que a través del tiempo ha simbolizado alegría y tristeza, comedia y tragedia. En la literatura, el cine, la ópera y la gráfica, se ha representado con esas características, sin olvidar que también es un ser melancólico, y que, a veces, puede irradiar miedo. Casi siempre

se identifica con la dualidad “alegría-tristeza”, que expresa a través de su gestualidad y actitudes. Tal vez sea la finalidad del payaso, enfatizar esos cambios de ánimo y llevarlos al ridículo para causar risa y placer entre los espectadores.

Así lo notamos en la obra de Manuel Álvarez Bravo que capta a un payasito (1929) en la esquina de la calle Allende en el Centro Histórico de la ciudad de México. Al parecer sale de la tienda que está a sus espaldas o sólo se paró ahí para elegir la dirección que tomará en ese día. No sabemos con exactitud el destino del payaso, sin embargo, apreciamos que su vestuario se caracteriza al de un pierrot de principios del siglo XX. Se encuentra afuera de una tienda departamental, donde anuncian artículos para niños: ¡pásele, descuentos de hasta el 30% en todos los productos!. El payaso es símbolo de atracción para los niños, los cuales dirán a su madre: “llevame a la tienda del payasito”. De ahí su imagen tan representativa en el medio infantil en función de su carisma. Atrapado como un juguete, recortado contra una entrada oscura, el pobre payasito es incapaz de hacer reír, y menos a los transeúntes que miran los escaparates, sólo el fotógrafo lo observa. Este *clown* se dirige corporalmente hacia la derecha, su imagen es borrosa, tal vez efecto de la cámara. En apariencia es medio día por la luz que ilumina su rostro.

En el Archivo del Instituto Nacional de Antropología e Historia resguarda una serie de foto



Payasito, 1929. Manuel Álvarez Bravo.

grafías sobre el payaso callejero, donde se observan a niños de la calle que son payasos o pretenden serlo, o en su caso forman parte de la *troupe*, su escenario es la colonia Roma y el centro histórico, anunciando la llegada del circo y haciendo un pequeño espectáculo con malabares, acompañados de músicos y tragafuegos, rodeados de personas que admiran los números. Esos payasos que proyectan humor, sólo visten ropas sencillas y resquebrajadas, simbolizando la tristeza, melancolía y los problemas de la vida diaria, con su maquillaje enharinado, donde sobresale la forma de la boca y las cejas. Creando la dualidad de la comedia y la tragedia elementos principales que se muestran en el clown y que componen esta imagen a partir del gesto y expresión corporal. Presencia del payaso en la ciudad y que va a adquirir mayor fuerza a lo largo de todo el siglo XX. La imagen del payaso es el resultado de una acción dinámica expresiva que surge de sus presentaciones y que manifiesta a partir de sus *sketches*.



Payaso de la calle. Archivo INAH.

Muestra de estas imágenes las encontramos en diversas fotografías que artistas como Héctor García dieron a conocer sobre el artista de la calle. En una de ellas, titulada *Fellinesca* de 1958 aparece un niño vestido de payaso con una mirada de asombro acompañado de un mono amaestrado y rodeado de un grupo de niños que lo observan detenidamente. El mono, según Octavio Paz, se relaciona con la danza y alegría como en tiempos antiguos, donde el sacerdote vestía de una piel de mono para realizar un culto al dios Xochipilli como se aprecia en el códice Magliabecchi. Por lo que en esta imagen simboliza un elemento de risa y atracción, logrando una congregación aleatoria entre el personaje y los espectadores, a partir de un rito mágico. El payasito está vestido con una playera a rayas y un pantalón resquebrajado con parches lo que permite distinguir la imagen del payaso “Tramp”, su maquillaje sólo se basa en la nariz pintada y la boca, lleva una peluca y un sombrerito que antecede al cucurucho que empleaba el payaso de finales del siglo XIX caracterizado por Ricardo Bell. La imagen de este payaso se apoya en otras imágenes para crear una sola, a través de símbolos y signos que nos remiten a otras obras. Pero sabemos que la composición es única, haciéndonos apreciar un abani-

co de ideas y sensaciones.

Por otra parte, el fotógrafo Carlos Contreras capta una serie de imágenes sobre el *Circo de Bibis* donde sobresale la figura del payaso “Tramp”, interesado en él, recorrió la ciudad en búsqueda de su objetivo —retratar la vida del payaso *Bibis*—. El circo se situaba en la periferia de la ciudad con el Estado de México, exactamente en la zona de Ecatepec.”Durante meses la cámara de Contreras lo ha seguido y perseguido (al *Circo de Bibis*) por donde va —escribió Leñero—. Se ha vuelto parte de la *troupe*, el testigo implacable de su miseria que es a un tiempo la clave de su grandeza.” Motivado por la situación económica y social del país, hace uso de su lente para mostrar la miseria de una familia de payasos, siendo un ejemplo claro de la dimensión estética urbana de este personaje marginado en los años 80. Esta serie fue premiada por ser un trabajo excepcional en la fotografía y que a su vez, revaloró la imagen del payaso y su arte como medio de sobrevivencia ante el desafío capitalista y la represión social. Fenómeno político-estético que se vislumbró a través de la participación del payaso en su contexto urbano.

Bibliografía:

- Espinosa, Elia. *El objeto artístico y la filosofía contemporáneos, sangre nueva a la expresión en el historiador del arte (una confesión interdisciplinaria) en Reflexiones teóricas y metodológicas sobre la interdisciplina.* México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2004. 165p.
- Hiriart, Hugo. *Artistas callejeros(1).* En la Jornada Semanal. Configuraciones, 18 de junio del 2000. p.22.
- Historia del clown.* Enciclopedia Británica.
- Luna Córnea. México, Número 29, 2005. 423p.
- Macgowan, Kenneth y William Melnitz. *Las edades de oro del teatro.* México, FCE, 1964. 347p.
- Marcuse, Herbert. *Eros y civilización.* Barcelona, Ariel, 2002. 253p.
- Paz, Octavio. *Los privilegios de la vista III. México en la obra de Octavio Paz.* México, FCE, 1989. 221P.

Ernesto de la Torre Villar

(In memoriam 1917-2009)

Unos editores me preguntaron quién era el Dr. Ernesto de la Torre Villar (q.e.p.d.), lo que me dejó perplejo. Parece absurdo que alguien desconozca a un ser tan querido y admirado dentro de los medios académicos, pero quizá haya una razón. En el círculo de lectores humanistas, universitarios, historiadores, intelectuales católicos, bibliotecarios y libreros, las dimensiones del nombre son familiares, pero es necesario recordar al público en general quién fue aquel que en vida llevó el nombre de Ernesto de la Torre Villar.(Camilo Ayala Ochoa)

“En una época que muchos han considerado atrasada se defendía el saber, a los estudiosos y a los libros, esto es al pensamiento actuante. Es una época de modernización y apertura democrática estos ejemplos deben ser tomados muy en cuenta, pues un Estado que protege a la cultura, a sus portadores es digno de eterna recordación”, palabras de don Ernesto de la Torre quien era un defensor acérrimo del libro, es decir, del espíritu; de la libertad de pensamiento y de su ejercicio en todas sus manifestaciones.

El era Ernesto de la Torre Villar, quien deja la UNAM un poco huérfana por la falta de un hombre de su calibre, pero al mismo tiempo enriquecida por la formación de sus alumnos como nuevos investigadores “interesado en la ciencia bibliográfica.



Dr. Ernesto de la Torre Villar

LA INVENCION DE LOS COTIDIANO. UN TEXTO VIVO O INERTE

Norma Martínez Robledo

Cada vez que paso frente a la plaza Tolsá, me dan ganas de entrar al hermoso Museo Nacional de arte, pero eso no siempre es posible. Hace ya algunos años que no entraba, hasta hace unos días-por la mañana que paseaba por ahí y decidí que era tiempo de volver.

Me dirigí a la recepción para informarme sobre la exposición en curso y me encontré con que lo que había era un proyecto del Munal y la Colección Jumex: “La invención de lo cotidiano”. El asunto sonaba interesante y el título sugerente. Hube de visitar las diez salas de la exposición. He de confesar que no soy aficionada a la idea del curador como el gran artífice u orquestador ni de los discursos que se comen a la obra.

Al final entre escepticismo y curiosidades, la propuesta me pareció muy interesante, pues hacer dialogar obras de distintas épocas y autores en torno a la cotidianidad: algo que dota de nuevas y variadas lecturas a la obra de arte y acentúa la vitalidad y vigencia de su temática con respecto al espectador.



Museo Nacional de Arte

A

mi parecer la exposición está llena de obras que merecen la pena ser apreciar de manera individual pero sería difícil hablar de cada una de ellas en forma independiente, pues el discurso curatorial está dirigido de tal manera que incorpora cada obra o cada grupo de obras dentro de pequeños diálogos que al final convergen en un gran texto.

Por poner un ejemplo me gustaría mencionar el diálogo temático que propone el curador al hacer convergir en una misma sala paisajes del siglo XVIII y obras de arte contemporáneo como la pieza de Rudolf Stingel (sin título, 2000) que sugiere, a su manera y mediante el empleo de impresiones o rastros de huellas en el unicel, la idea de paisaje. Un paisaje urbano, ciudadano distinto y distante del los paisajes del siglo XVIII, pero que a final termina al igual que el paisaje clásico hablándonos del entorno del artista y de la obra.

Otra obra dentro de la misma sala podría ser “Ciclo Lunar”, de Pablo Vargas Lugo, quien mediante una estructura azul semejante a una lavadora de dos o tres metros de alto nos sugiere la idea de una luna (es decir un paisaje en sí mismo) que en relación con la obra de Stingel completa la idea del paisaje urbano.

Podría seguir describiendo inútilmente pieza por pieza, el asunto es que la exposición puede ser un texto vivo o inerte sólo para quien la recorre. No hay otra opción, la experiencia estética sólo es posible al contacto con la obra. Y aunque a decir verdad me encontré con algunos casos en que no entendí la relación de una obra con otra, todas y cada una de ellas son interesantísimas.

PARA ESCRIBIR CON LOS CINCO SENTIDOS

Juliana Boersner

La crónica es un género literario que, junto con otros como las cartas y las autobiografías, se ha ganado tal título luego de una lucha que aún persiste, que es la de dar rango de “oficial” a esas formas marginales de escritura que siempre han estado presentes al lado de las grandes obras literarias.

Lo más característico de la crónica es que es un retrato escrito (en principio) que muestra la realidad de quien escribe. Tiene, de alguna manera, con respecto a lo autobiográfico, una relación de similitud, en cuanto que se trata del retrato que una persona hace de la realidad que vive, desde el punto de vista desde el que la vive. Todos tenemos, entonces, una historia que contar y esa historia es, de alguna manera única. Quizás eso es lo que la convierte en un género tan difícil de caracterizar.

La crónica como género está conectada, por otro lado, a la historia, que ha hecho de ella una de sus principales fuentes de información, como es el caso de los relatos que hicieron los primeros colonos europeos de su venida a América, por ejemplo. Sin embargo, la crónica también resultaría una suerte de puente entre las historias mínimas y la gran historia oficial, canónica, lo cual la conecta con el periodismo.

TINTA FRESCA TINTA FRESCA

EL PODER INMATERIAL DE LA LITERATURA

Carlos Escamilla

Si se asume que a lo largo de la historia se encuentran en las sociedades todo tipo de esfuerzos por conservar y transmitir su cultura y sus conocimientos, se da lugar para indagar los medios por los cuales se realiza dicha conservación y transmisión. Una respuesta posible indicaría que la escritura y la lectura resultan los medios más idóneos para tal empresa. Justamente a este hecho incuestionable hace alusión Juan Domingo Argüelles, en el subtítulo de su obra *¿Qué leen los que no leen? El poder inmaterial de la literatura, la tradición literaria y el hábito de leer*. En efecto, el autor se refiere, por una parte, a ese poder siempre presente en los libros de toda índole y que consiste, precisamente, en preservar y dar a conocer información, opiniones, estados de ánimo, descubrimientos, etc. que surgen de la sociedad propia o ajena. Por otra parte, la tradición literaria y el hábito de la lectura parecen estar referidos al conjunto de libros existentes en unión con sus lectores y a la propensión de éstos por disfrutarlos, propensión que, a lo largo de la obra, es definida como “un vicio que no lleva a nada”.

Especialmente en el ámbito universitario, se ha asumido que la escritura y la lectura constituyen habilidades básicas que permiten, casi permanentemente, la formalización de la vida acadé-

mica. De aquí que, hasta hace algunos años, proliferaron en este nivel educativo cursos de lectura y redacción, cuyo propósito consistía primordialmente en entrenar a los estudiantes en cuanto al uso de técnicas de composición y comprensión de textos de todo tipo. Si tales cursos tuvieron éxito o lo padecieron no es una cuestión discutible por ahora, pero desde la perspectiva de Argüelles, debieron fracasar al no haber podido formar lectores asiduos, “viciosos del placer . . . de leer”.



Lo que sí es cierto, es que justamente en dicho ámbito académico (el nivel universitario), más de un autor-investigador ha invertido su tiempo para profundizar en el estudio de la lectura como un fenómeno conductual inherente al ser humano. Así (y al margen de las definiciones

presentadas por Argüelles en el Capítulo 4 de su obra), se dice que la lectura constituye un desarrollo cognitivo, como proceso, y un desarrollo interactivo, como habilidad. El aspecto cognitivo del fenómeno permite explicar el ejercicio de un conjunto de capacidades mentales por parte del lector en su manera de aproximarse a un texto escrito. De entre dichas capacidades se cuentan la predicción, la anticipación y la inferencia, que, por ejemplo, permiten al sujeto saber de qué se trata un texto específico con sólo ver el título o cuál es el punto del siguiente párrafo con base en el contenido del anterior, etc. En cuanto al desarrollo interactivo, éste permite considerar al lector como un ente dinámico que, durante el proceso de compren-

sión, se encuentra aportando datos e información en conjunto con los contenidos textuales. Es decir, no es sólo el texto la parte del proceso de lectura el que aporta, sino también el lector acude constantemente a sus conocimientos previos para interpretar y guiar su comprensión de lo leído.

Desde otra perspectiva, autores como Christine Nutall, han establecido el proceso de lectura como un evento comunicativo y, como tal, portador de los elementos propios de un modelo de comunicación y sujeto a las explicaciones del caso. De esta manera, de acuerdo con la investigadora mencionada, el autor de un texto constituye el emisor de un mensaje, dicho mensaje está representado por el contenido textual, mientras que el lector resulta el receptor de dicho mensaje. En otras palabras, suele decirse que el escritor codifica un cierto mensaje que el lector deberá decodificar en su proceso de comprensión. Evidentemente que para que el evento comunicativo tenga lugar de manera ideal, autor y lector deben compartir no sólo el mismo código lingüístico sino también tener un marco cultural común. Al respecto, y dado que también en el nivel universitario han proliferado los cursos de comprensión lectora en idiomas extranjeros, es importante considerar la lectura en dichos idiomas como un proceso no ideal del todo, en tanto que a menor dominio de dicha lengua y más escaso conocimiento de la cultura que representa, corresponderá una mayor distancia entre emisor (escritor) y receptor (lector) y, por lo tanto, una comunicación no muy bien lograda.

La consideración de la lectura como un modelo cognitivo e interactivo y / o comunicativo es una aportación relativamente reciente, como pro-

ducto del trabajo de investigadores y educadores tenaces que rompieron con añejas concepciones, las cuales veían al lector como aquel sujeto pasivo, incapaz de hacer algo diferente ante el texto leído que no fuera más que reaccionar ante el mismo.

Evidentemente, Argüelles está más preocupado por los aspectos educacionales y culturales inherentes a la lectura y así lo expresa en su obra. Señala que no es mediante elogios al valor práctico de la lectura como se puede lograr, por ejemplo, la persuasión del niño a leer. Tampoco la promesa de que la lectura hace grandes a las personas constituye una manera adecuada de invitar a los infantes a ejercitar la lectura. Lo único que tal vez puede funcionar como un exhorto apropiado hacia la lectura consiste en mostrar la recompensa inmediata de encontrar en los libros un mundo placentero. Asimismo, el autor asegura que, aunque la motivación es importante, ésta no debe hacerse en función del carácter práctico de la habilidad lectora, “sino por medio de la ayuda, del contagio, del entusiasmo, de la guía placentera para abrir las puertas de la imaginación. El poder mágico de la lectura es lo que les da su mayor atractivo a los libros ante los ojos de un niño”.

Citando a Zaid, en la obra de Argüelles, se encuentra continuamente la frase que dice que “leer no sirve para nada: es un vicio, una felicidad”. Cuando se tiene esto por cierto y a pesar de ello, persiste el interés por los libros, se hace imposible renunciar a la lectura, lo cual marca la diferencia entre los lectores asiduos y aquellos que acaban aborreciendo los libros porque la lectura les ha sido impuesta como un deber, como una carga, por parte, sobre todo, de maestros y padres, quienes, sin darse cuenta, mediante esa imposi-

ción despojan a la lectura de “todo sentido de gozo”. Al referirse al lector asiduo, esto es, al que lee por placer, Argüelles no niega que la lectura pueda conducir también al engrandecimiento cultural de un pueblo, pero esto se entiende posteriormente.

En otro momento, pero siempre refiriéndose al valor del hábito de la lectura, el autor cuestiona a la misma institución educativa al poner de manifiesto que la escuela, tal y como se le concibe actualmente, resulta incompatible con la práctica de una lectura natural, libre y placentera, en tanto que aquella institución se ha rigidizado a partir de la promoción de valores inamovibles. Para que la escuela diera cabida a una lectura del tipo de la que Argüelles concibe, esa institución debería recuperar su definición inicial: “*schola*: ocio consagrado al aprendizaje”. A manera de insistencia sobre este particular, el autor argumenta que la escuela no ha sabido fomentar la lectura como un placer en sí mismo y, por lo tanto, no ha podido formar lectores enamorados de los libros. Entre las muchas razones que se señalan para tal fracaso, surge el hecho de que la lectura ha sido impuesta como una obligación, como un deber: “La escuela se ha empeñado en meter en cintura, mediante la recompensa, y el castigo de la calificación, el ejercicio libre, azaroso y aun anárquico de la lectura”. En pocas palabras, con la lectura impuesta como obligación ha sucedido exactamente lo contrario a aquello que se desea, esto es, a que se desarrolle un hábito auténticamente fundado en el placer y solamente en el placer. Refiriéndose a la existencia de cursos de lectura escolarizados en varias instituciones, a los que se alude al inicio de este trabajo, Argüelles atribuye

su fracaso al hecho de que dichos cursos intentan ordenar una actividad que, por naturaleza propia, va en contra de toda organización, que es opositora, discutidora y antagonista de todo orden.

Al abundar sobre la responsabilidad de la escuela en el fracaso por formar hábitos de lectura, Argüelles señala que el estudiante que sólo lee para quedar bien con el maestro o para sacar una buena nota, es el alumno que, una vez aprobado el examen o conseguido el certificado, deja de lado, y algunas veces para siempre, los libros, los cuales ha terminado aborreciendo. Narra el autor, que Ivan Illich explicó las causas de este fenómeno en la década de los '70, argumentando que para la sociedad en general, lo verdaderamente importante está constituido por los aspectos curriculares y de certificación del sistema educativo, con lo que se produce un gran desdén por todo lo extracurricular. Es decir, ya desde entonces se veía que, para esta sociedad, el verdadero valor se encuentra en los programas educativos rígidos, inflexibles y generadores de certificados, sin importar que quienes obtengan dicha certificación sean personas con un profundo rencor por los libros. Aún más, la separación de las llamadas lecturas útiles de las complementarias, implementada en algunas instituciones, lo único que ha enfatizado es la creencia de que todo aquello que no sirve para insertarse en el mercado laboral es merecedor de desprecio y desdén.

En una crítica que bien podría caber en casi cualquier ámbito universitario, el autor plantea la diferencia que, para él, existe entre leer y estudiar. Dice que leer es un regalo para uno mismo, mientras que estudiar consiste en prepararse uno mismo. Entonces, queda claro que Argüelles siem-

pre se está refiriendo a la lectura por placer y que alguna otra actividad, como estudiar, aunque se relacione con la lectura, no es lectura en sí. La lectura no podría estar condicionada a nada, es el ejercicio libre de un placer y esto no está sujeto a ninguna condición.

En una cuestión que en cierto sentido podría aludir a los procesos mentales inherentes a la habilidad lectora, descritos brevemente al inicio de esta reseña, Argüelles cita a Vizinczey para reafirmar su propio concepto de lectura; este autor sostiene que “Leer es un acto creativo, un continuo ejercicio de la imaginación que presta carne, sentimiento y color a las palabras muertas de la página; tenemos que recurrir a la experiencia de todos nuestros sentidos para crear un mundo en nuestra mente . . .”. Sin embargo, y apuntando nuevamente a la definición de la capacidad lectora brevemente esbozada anteriormente, Argüelles no duda en señalar que la lectura no puede reducirse a un concurso de habilidades decodificadoras; él se refiere a la lectura simple, peligrosa, que crea adicción, que no va en contra de nuestras demás potencias y que no nos aísla del mundo real. Se refiere, en suma, al hábito de la lectura por placer, un hábito que, por poseerlo, no hace superiores a quienes lo tienen respecto de los que lo carecen.

Para Argüelles hay dos tipos de lectura: la informativa, definida por el autor como aquella cuyo ejercicio nos permite la solución pronta de un problema específico y la lectura formativa, entendida ésta como la lectura amorosa, que aparentemente no sirve para nada, pero que nos transforma y confiere un sentido a la realidad y la imaginación.

En una cita de Viñao Frago, Argüelles deja ver las características del neo analfabetismo o analfabetismo funcional: usos pobres de la lectura y de la escritura, dificultad, rechazo o aversión en relación a lo escrito y carencia de habilidades para usar apropiadamente la lectura y la escritura en situaciones personales, sociales o laborales.

En el último capítulo de la obra, el autor hace una defensa incontenible del libro como tal, frente a las nuevas tecnologías como la Internet. Argumenta que dichas tecnologías, si bien cuentan con una utilización masiva a nivel mundial y, por lo mismo, a partir de ellas se ha propugnado por una homogeneización cultural (como por ejemplo, en la aldea global), no lograrán desplazar al libro como lo conocemos en la actualidad. La principal razón en la que Argüelles se fundamenta es que, mientras la Internet tiende a la despersonalización del individuo y a una sustitución de las culturas nacionales, el libro sigue permitiendo ese contacto casi personal y muy humano entre escritor y lector.

Difícilmente se puede estar en desacuerdo con los planteamientos que Juan Domingo Argüelles desarrolla en su obra, sobre todo en el que se refiere al fracaso de la escuela para formar buenos lectores, amantes del placer de leer. En efecto, a todos consta que la mayoría de los estudiantes leen poco y mucho más poco leen libros del tipo de los que el autor y algunos profesores desearían, como *bestsellers*, obras clásicas (**La Divina Comedia** o **El Quijote**, por ejemplo), biografías, etc. y si acaso llegan a hacerlo es porque se ven forzados por algún maestro exigente. Justamente en esta imposición es donde, según el autor, se encuentra el problema esencial, que la lectura en el ámbito

escolar ha sido vista como una obligación y comúnmente aquello que se ve como obligación carece de devoción, es decir, de apego, de pasión. Sin embargo, Argüelles también parece “perdonar” a los que no leen; reiteradamente menciona en la obra que “leer no sirve para nada”, que “leer es un vicio” y, como todos los vicios, resulta placentero sólo para quien lo ejerce. Por esto mismo, señala que tal vez una de las maneras de formar lectores por placer podría consistir en la propagación del vicio por contagio; esto es, sólo que los lectores “contaminen” a los no lectores. No obstante, la reiteración de que la lectura no sirve para nada es tan evidente a lo largo del libro que llega casi a la obstinación, lo que podría ocasionar que uno como lector acabara por creerlo y, en consecuencia, abandonara la lectura de la obra en cualquier momento. Por otro lado, además de la posible solución que Argüelles sugiere para formar buenos lectores (por contagio) no aparece ninguna otra propuesta para mejorar la carencia de lectores por placer, síntoma, por cierto, de casi todos los países a nivel mundial.

En algún momento de la obra, el autor se refiere a la influencia de los medios masivos de comunicación, especialmente a la televisión, como formadores o, más bien, deformadores, de valores, como lo podría ser la lectura. En efecto, es bien sabido que dicho medio ha privilegiado el uso de la imagen como medio de expresión y que las nuevas generaciones leen más fácilmente las imágenes que los textos escritos. Sin embargo, habría que ponderar si este manejo de la imagen, en el que son tan diestros los jóvenes de hoy, sólo constituye una mera habilidad y no un valor.

En otro momento, cuando el autor defiende

al libro frente al uso de la Internet, lo hace con tal vehemencia que se refiere a éste como si se tratara de una persona “Que se puede ser ignorante estando sobreinformado es una de las cosas que ni entiende ni explica el nuevo sistema tecnológico (la Internet), muchos menos entenderá y explicará que se pueda estar superinformado . . .” Con disculpas al autor, pero sólo entienden las personas, no los artefactos. Sin embargo, en lo que en definitiva habrá que estar de acuerdo con Argüelles es en el hecho de que la Internet no sustituirá al libro, tampoco a las culturas nacionales de hoy en día. Habrá que considerarlo como un medio más a disposición del ser humano. Siguiendo a León Olivé, habría que hacer a un lado los modelos que, a su parecer, son insuficientes para entender el funcionamiento de las diferentes culturas en el actual proceso mundial de globalización. En efecto, este autor afirma que dicho proceso puede ser interpretado de dos maneras, como un mecanismo que apunta hacia la instalación de una cultura única o hacia el desarrollo de una sociedad global que incluya las diversas culturas, con un beneficio mutuo, para sí mismas y para dicha sociedad global.

Finalmente habrá que dejar constancia de que en respuesta a la pregunta que da título a la obra de Argüelles sobre qué leen los que no leen, el autor plantea que éstos sí leen, pero no leen aquello que desde el punto de vista utilitario deberían leer.

Plastina, Anna Franca. Reading strategies in L1 and L2: A case study of EFL Secondary school students in Calabria, Southern Italy, 1997.

Olivé, León. *Multiculturalismo y pluralismo*, Trillas, México, 1999.

Nuttall, Cristine. Teaching Reading Skills in a Foreign Language, Heneimaann, New York, 1992

ENTREGA INMEDIATA

ENTREGA INMEDIATA

Cerrando la edición de este número, ha sucedido la muerte del poeta Marco Antonio Montes de Oca (México, 1932). El sábado 14 de febrero falleció en esta ciudad, víctima de una enfermedad cardiaca el poeta contemporáneo de Enrique González Rojo y Eduardo Lizalde.

En 1966, Octavio Paz, en *Poesía en Movimiento*, lo coloca al lado de Gabriel Zaid, para hablar de él ... como el iniciador de la nueva poesía.

Fue galardonado en 1959 con el premio Xavier Villaurrutia, en 1966 conquistó el premio Mazatlán de Literatura y en 1984 obtuvo el premio Zacatecas; un año después le fue otorgado el Premio Nacional de Literatura y Lingüística.

Su vasta obra poética comprende títulos como *Ruina de la infame Babilonia*, 1953; *Contrapunto de la fe*, 1955; *Pliego de testimonios*, 1956; *Delante de la luz cantan los pájaros*, 1959 (premio Villaurrutia); *Cantos al sol que no se alcanza*, 1961;

Fundación del entusiasmo, 1963; *La parcela en el edén*, 1964; *Vendimia del juglar*, 1955; *Pedir el fuego*, 1968, entre otros: Publicó traducciones (junto con Ana Luisa Vega): *Antología, el surco y la braza*, 1974; cuento: *Las fuentes legendarias*, 1966 y la autobiografía *Marco Antonio Montes de Oca*, 1967.

Dentro de la Universidad, realizó una amplia labor de promoción cultural como redactor de la Coordinación de Humanidades, director de la Colección Poemas y Ensayos de esta misma Universidad y asesor de la Coordinación de Humanidades de la UNAM. Fue también agregado cultural en España.

Dicen de Montes de Oca en las notas de *Poesía en movimiento*, redactadas por Alí Chumacero y José Emilio Pacheco: "convertir la realidad en palabra, la palabra en imagen; trocar el desorden de la experiencia en brillantes organismos verbales donde cada línea es también un poema, fue la tarea a la que Marco Antonio Montes de Oca consagró desde un principio se fresca y admirable energía. Afín a las comarcas del surrealismo y a los dominios de Vicente Huidobro, su poder metafórico, su capacidad de encontrar el vínculo insólito entre los elementos contrarios, y hallar sus materiales poéticos así en la altura como en el subsuelo, es sólo comparable al de Octavio Paz."

CON LOS OJOS CERRADOS

Oigo la canción que nace
 En el nido de la nebulosa,
 Oigo al poema, música pensada
 Entre la yerba y la piel del mundo,
 En el silencio tatuado sobre mi espalda
 Como estigma centelleante
 Sobre una hoja que despliega el vuelo y reverdece.

VERDAD DESCONOCIDA

No entiendo cómo cabe tanto cielo
Entre tus manos juntas.
Se borra la borrasca
Y otra versión de Adán
-La verdadera-
Sale de tu costilla.



SALA DE DÍA

Sala de día
Dormitorio de noche
Sin que el pensamiento
Mueva sus cristales
Mientras agito la cabeza
Donde la mente colma
Su caleidoscopio
Con el aliento de los astros
Y viajes centelleantes
Y migraciones hechizadas
Del corazón consumado
Entre vuelos de cohete;
Escritura que no dura
Viajes y encuentro
De lágrimas que vierten
Ceniza transparente
Vuelos dentro de la mano cerrada
Ascuas como migajas
Para las palomas del insomnio.

Daniel Partida

Los que sueñan de día son conscientes de muchas cosas que escapan a los que sueñan sólo de noche.

Edgar Allan Poe

Cuando un loco parece completamente sensato, es ya el momento de ponerle la camisa de fuerza.

Edgar Allan Poe

La enorme multiplicación de libros, de todas las ramas del conocimiento, es uno de los mayores males de nuestra época.

Edgar Allan Poe

Tal vez sea la propia simplicidad del asunto lo que nos conduce al error.

Edgar Allan Poe

Porque la tortuga tiene los pies seguros, ¿es ésta una razón para cortar las alas al águila?

Edgar Allan Poe

La felicidad no está en la ciencia, sino en la adquisición de la ciencia.

Edgar Allan Poe

Todas las obras de arte deben empezar por el final.

Edgar Allan Poe

In memoriam Carlos García Estrada (1934-2009)

Carlos García Estrada: La luz en la noche eterna. (Fragmento)

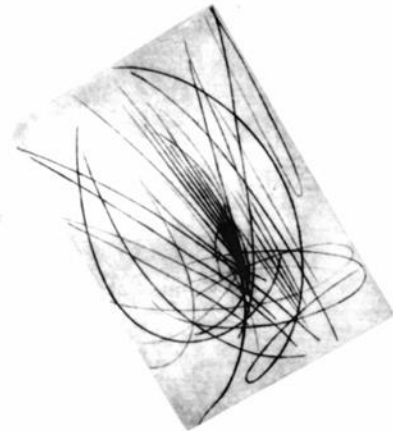
Por Dionicio Morales

(Siemprej, marzo 21, 2001)

Ondas de luz. 1981. 40/50. Col. FES Zaragoza

El grabado, con una gran tradición en la historia de la humanidad, es tan antiguo como el origen del hombre que desde tiempos inmemoriales dejó plasmada sus huellas y sus costumbres en los distintos materiales que descubría --roca, hueso, madera-- al mismo tiempo que vislumbraba la vida cotidiana de los países europeos. En México --barro cocido-- su aparición se remonta a la época prehispánica y su aplicación alcanza el periodo colonial en el que, según Manuel Romero de Terreros, las primeras xilografías, además de las indispensables imágenes religiosas, fueron las cartas de naipes. En el siglo XVIII se recuerdan los nombres de varios artistas que, nacidos en España, Inglaterra, Italia, contribuyeron, cada uno en su especialidad, a su florecimiento: Gerónimo Antonio Gil, Jorge Agustín Periam y Claudio Linati Prevost, respectivamente.

En el siglo XIX vahos mexicanos aprendieron litografía y se fundaron talleres no sólo en la Ciudad de México sino en otras localidades, como "El esfuerzo", en Aguascalientes, donde se formó José Trinidad Pedroza, maestro de José Guadalupe Posada. Es en este siglo cuando nace, celebrado por los estudiosos, el apogeo del grabado en México con las originales e ineludibles presencias de Gabriel Vicente Gahona Passos. "Picheta", en Yucatán; Manuel Manilla y José Guadalupe Posada, en la Editorial de Vanegas Arroyo, en la Ciudad de México. Aunque los concedores no se ponen de acuerdo quién fue el grabador que publicó primero las litografías de calaveras, si Santiago Hernández, Manilla o Posada, es la obra de José Guadalupe, audaz, vigorosa, la que rescata los festejos del Día de Muertos con un sentido festivo, humorístico,



sobre todo crítico, convirtiéndose en el artista genial que sintetiza parte de la esencia del ser del mexicano y, por lo mismo, lo universaliza.

Asimiladas las enseñanzas teóricas y prácticas de "Picheta" y Posada, entre otros, y después de este esplendor que marca un hito en la entronización del grabado en nuestro país, entramos al siglo XX con la llegada a México del pintor francés Jean Charlot extraordinario grabador --quien viene a "descubrimos" el genio de Posada que yacía sepulto--, cuando nuestro país apenas se estaba reponiendo de los años de la revolución. En este periodo surgen Fernando Leal, Francisco Díaz de León y Gabriel Fernández Ledesma, quienes le imprimen a la gráfica una nueva dimensión en temas y propuestas técnicas, además de fundar y dirigir las Escuelas de Arte al Aire Libre más importantes de México, como las que observaron en sus viajes a Europa, para impartir esta disciplina de donde surgen extraordinarios seguidores. Es importante señalar que a partir de estos artistas y por los estragos del movimiento social de 1917, el grabado entra a otra etapa plena.



A partir de los años treinta y en varias épocas. Carlos Alvarado Lang, grabador de fuerte presencia por su dominio de la técnica y la original y sapiente imaginación en su obra forma a otros artistas entre los que destacan José Chávez Morado, Osidoro Ocampo, Federico Cantú, Francisco Moreno Capdevila y Carlos García Estrada. José Clemente Orozco, el hombre de fuego que con su mano derecha cristalizó magistralmente los ideales y las expresiones de la izquierda, sobre todo en sus trabajos de punta seca, tuvo una gran significación dentro del grabado mexicano, aunque como bien señala la maestra Edelmira Losilla en su libro "Breve Historia y técnicas del grabado artístico" (Universidad Veracruzana, 1998), "su obra de estampación no es muy abundante pero sí muy efectiva y de gran proyección" (Entre paréntesis, para destacarlo, debo decir que este libro es, quizás, único en su género en México porque aborda con conocimiento de causa, de manera sucinta, la historia del grabado en el mundo y de las técnicas utilizadas desde sus orígenes).

Imborrable la presencia de Diego Rivera cuya obra mexicana --en el más universal sentido del término-- trasciende nuestras fronteras por méritos y originalidad propios y la hace situarse en el "otro tiempo" cuando México es reconocido en el mundo por su arte moderno, sin olvidar a David Alfaro Siqueiros con su fuerza y pasión ciclónicas. En esta época surgen también los nombres y las obras de Abelardo Avila, Pedro Castelar, Mariano Paredes, Erasto Cortés, entre otros. ¿Y cómo no mencionar a Rufino Tamayo? A pesar de vivir, formarse y trabajar durante muchos años en el extranjero, supo regresar a sus orígenes prehispánicos trayéndolos a la modernidad con una maestría inusual en el empleo del color en las distintas técnicas empleadas, sobre todo en sus espléndidos grabados en madera.



Alumno de Saturnino Herrán y menos, Leopoldo Méndez es siglo XX. Aunque pueda pare- grandes artistas con los que nunca como en ellos el gra- verdaderas cumbres --sin que la obra de los demás-- Leo-

sada en sus inicios, llega a equilibrar las fuerzas que parecían irreconciliables y a su arte puro, honesto, lírico, a base de garra, sapiencia y técnica, lo vuelca, como un árbol desenraizado por un temblor, hacia el espíritu épica y ético de las grandes masas, digan lo que digan los "puristas" al respecto. Figura capital, funda, con otros artistas, la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (LEAR) y el famoso Taller de la Gráfica Popular, en su época de oro, parteaguas en la historia del grabado en México en este siglo, al que pertenecen Pablo O'Higgins, Alfredo Zalce, Raúl Anguiano, Angel Bracho, Luis Arenal, Alberto Beltrán y los citados Fernández Ledesma, Paredes y Campos. El grabado mexicano vivió uno de sus momentos estelares cuando la Segunda Guerra Mundial y su fama trascendió no sólo a los países socialistas sino a toda Europa. Es de justicia mencionar a Moreno Capdevila de manera especial porque su obra es bastante original trabajar con una fuerza expresiva poco común, además de ser maestro formador de espíritus jóvenes, como José de Jesús Martínez y Carlos Olachea, entre

de Germán Gedovius, nada el José Guadalupe Posada del cer arriesgado decirlo por los contamos en esta disciplina, bado mexicano alcanzó sus esta opinión personal demerite poldo Méndez seguidor de Po-

Desde sus inicios como grabador en 1960, fecha de su primera exposición individual después de realizar estudios en la Escuela Nacional de Pintura, Escultura y Grabado "La Esmeralda", en la Escuela Nacional de Artes Gráficas, así como en El Atelier 17, de M. Hayter en París, Francia, Carlos García Estrada (Ciudad de México, 1934) es uno de los artistas contemporáneos que más han contribuido a mantener viva la llama de esta disciplina en México, no sólo como creador original, propositivo, innovador, sino también como maestro de varias generaciones (Irma Palacios, Gabriel Macotela, Francisco Castro Leñero, Nahúm B. Zenil, Flor Minor, Nunik Sauret, Miguel Castro Leñero, Dulce María Núñez, Javier Marín, Elena Villaseñor, Tomás Ortiz, Consuelo González por citar sólo algunos). Su obra cubre con creces --gráficamente-- la segunda mitad del siglo XX mexicano porque le imprime una característica muy particular para la apreciación y la realización de las bondades y peligros que entraña rasgar --violar cruel y sagazmente con hendiduras dulces y suaves pero dolorosos y profundas-- una superficie plana y pura para lograr que la sangre por el pulso de la mano maestra, abandone o seque o cristalice su color original para lanzar sus ayés o señuelos de vida en el blanco y negro, en la luz y sombra de la creación.

La obra gráfica de Carlos García Estrada, después de más de cuarenta años de sapiente ejercicio, de búsquedas sediciosas, de encuentros enceguecedores --sombras que hacen la luz conforme se aclara lenta y callada la visión primera, luces que trasgreden o perturban la oscura permanencia de la noche eterna-- alcanza ya su vuelo mayor y sus alas monumentales no sólo atraviesan con orgullo y gloria el paraíso pictórico de México sino que irrumpen el esplendoroso silencio de otros cielos, como lo demuestran sus premios en bienales internacionales y sus exposiciones, cursos y talleres en el extranjero. Carlos García Estrada ha logrado fundar en el territorio inhóspito o desértico del grabado--por aquello del sórdido menosprecio hacia la lícita y suprema ambición de consolidar su trascendencia al considerarlo frente a la pintura, como al dibujo, un arte menor-- un Edén con su obra en donde cada cuadro es un grito de rebelión y libertad de viajes hacia siempre, de cerrazones a los nuncas de aireada y plástica y reveladora poesía cuando de la sombra se hace la luz, o cuando de la luz hace la sombra--según la mirada. (...)